

LA CRISIS DE LA PUBERTAD Y LA
EDUCACIÓN DE LA CASTIDAD

Alberto Hurtado Cruchaga, S.J.

Prefacio

Es necesario aclarar al lector si bien la primera edición de este libro data de alrededor de 1940, bien podría haber sido escrito hoy, por el Beato Padre Hurtado, dada la vigencia que tiene para nuestra familia chilena “La Crisis de la Pubertad”.

Isfem, julio 2003.

“La castidad, ¿es posible? Sí, pero sólo al precio de sacrificios. Quien no quiera afrontarlos no tendrá la dicha de ser plenamente un hombre.”

Al Lector

Estas páginas sobre la educación de la castidad son el resumen de algunas de las clases sobre la psicología del adolescente, dictadas semanalmente el pasado año en la Universidad Católica. No tiene el autor la pretensión de hacer obra original, sino que procura sistematizar y armonizar las indicaciones más pertinentes de psicólogos, médicos y educadores de distintas tendencias, indicaciones que a veces transcribe literalmente, a veces discute y completa.

Estos apuntes van dirigidos a los padres de familia y a los educadores, más bien que a los mismos jóvenes. Dios quiera que ellos contribuyan a ayudarlos en la solución de uno de los problemas más difíciles que tiene que afrontar el hombre y de los que más trascendencia ejercerán en toda su vida!

A. H. C.

CAPÍTULO I

La Crisis de la Adolescencia

La adolescencia es el período de mayor trascendencia en la vida humana. El niño juguetero, preocupado casi exclusivamente de los objetos que le rodean, se transforma ahora en un joven reflexivo, trabajado por problemas interiores y angustiado por crisis sentimentales profundas.

Con sorpresa se da cuenta el adolescente de que inmensamente más interesante que el mundo físico, en el que ha vivido sumergido, es el mundo de su propia alma conmovida por las tendencias que la solicitan en todas direcciones. Siente un deseo imperioso de definir su personalidad y de conformarla a un ideal que cristalice una de aquellas tendencias que surgen de su interior. Siente también intenso el deseo de colaborar con los otros hombres en empresas de carácter social. Y esta tendencia le tortura y le desgarran, pues se da cuenta que su acción habrá necesariamente de ser limitada y restringida, que entre los múltiples bienes que le solicitan habrá de sacrificar muchos para limitar sus actividades sólo a los más valiosos. Todo esto le preocupa tanto más, cuanto se encuentra muy solo y con frecuencia muy poco comprendido. De aquí que un deseo inmenso surge en su alma de comprensión, de respeto y de amor.

Lo que viene a agravar más su situación es que por vez primera experimenta ciertos fenómenos fisiológicos íntimamente ligados a los fenómenos psicológicos de que acabamos de hablar. Son los fenómenos de la pubertad.

El hecho más inmediato que caracteriza la pubertad es la aparición y desarrollo de la facultad sexual, destinada a la especie, mediante el funcionamiento de las secreciones internas y externas que la determinan.

No es fácil determinar la época en que estas secreciones comienzan a verificarse, porque a veces se producen emisiones externas que provienen de la próstata o de otras glándulas que no tienen una función directamente ordenada a la especie. A veces, en cambio, las secreciones seminales son absorbidas, parcialmente al menos, por los tejidos que rodean los vasos espermáticos, pudiéndose así explicar los casos de pubertad tardía que se producen con frecuencia en las poblaciones sanas y robustas de los campos.

La facultad sexual se desarrolla desde que las glándulas seminales comienzan a segregarse, pero no llega a su plena madurez, sino varios años

después. Este hecho es el que justifica la distinción entre pubertad y nubilidad, realizándose ésta última hasta unos doce años después de la primera, cuando el individuo está en situación de realizar el matrimonio.

La pubertad coincide, pues, con el desarrollo inicial de la facultad de reproducirse; la nubilidad corresponde al desarrollo perfecto de la misma.

La distinción entre la pubertad y la nubilidad explica una cierta repugnancia hacia las cosas del sexo en los primeros años de la pubertad; manifestación de la tendencia natural que incita al hombre a dejar desarrollarse de manera más perfecta las semillas que le han de perpetuar sobre la tierra. Por esto los jóvenes educados en un ambiente sano experimentan naturalmente un disgusto al conocer las costumbres deshonestas de sus compañeros. Un profesor de liceo encontró estas líneas en un diario íntimo de un niño de quince años: "Por casualidad me di cuenta de que X comete acciones de impureza. pobre niño! Yo le creía tan puro. qué felicidad si pudiera de alguna manera contribuir para volverle al bien!" Paul Bourget, describe en "El Discípulo", el profundo disgusto y repugnancia que experimenta el adolescente que atropella las leyes de la naturaleza. "Tan pronto realizada la acción, huí de aquella pieza con un disgusto que no podía expresar. Me parecía que mis manos, que mi boca, que mi cuerpo estaban manchados con una mancha que ningún agua podría lavar... Esté disgusto duró bastantes días y después me di cuenta, con una mezcla de -espanto y de placer, que el deseo se insinuaba poco a poco..."

Influencia de la Pubertad en la Vida del Adolescente

Aunque no tan bruscos como los cambios operados en el embrión o en el niño pequeño, no son menos importantes los que opera la pubertad. Rousseau la compara a un segundo nacimiento, lo que significaría que la pubertad trae consigo la adquisición de facultades totalmente nuevas, cualitativamente diferentes de las de la niñez - para emplear el término más corriente en psicología experimental. Los literatos de la adolescencia, los psicólogos empíricos como Spranger, Mendousse y algunos psicólogos experimentales que han estudiado la adolescencia por el método genético, como Piaget, participan de esta opinión.

Autores como Brooks, Thomdike, Fauville, basándose en experiencias hechas según el método behaviorista, niegan que la pubertad signifique el nacimiento de facultades nuevas, cualitativamente diferentes; no consistiría sino en una intensificación de las facultades ya existentes en la niñez. La calidad de ambas sedes de procesos sería, por tanto, la misma, sólo la intensidad sería diferente. Los psicólogos del psicoanálisis no se han propuesto explícitamente este problema en toda su amplitud, pero su tesis sobre el origen y extensión de la libido que existe ya en el niño, y que según muchos de ellos es la única fuerza que explica todos los procesos psíquicos, les lleva lógicamente a esta conclusión.

Los resultados de las experiencias hechas para estudiar la influencia de la pubertad en el crecimiento corporal, aunque muy discutibles todavía, parecen indicar que el crecimiento anormal en la adolescencia es mínimo, salvo el caso que antes haya sido demasiado lento, pues entonces suele haber una compensación. La talla, el peso, los sistemas circulatorio, muscular, nervioso, los distintos órganos, como el cerebro, el pecho, las piernas, se desarrollan desde la niñez hasta la época en que llegan a su mayor desarrollo según una curva regular, y no por saltos bruscos. La talla alcanzaría su máximo hacia los veinte años, aunque de ordinario su aumento no es considerable después de los 17 años en las jóvenes y de los 15 en los jóvenes. La fuerza muscular aumentada hasta los 17 años en las adolescentes y hasta los 22 en los jóvenes. Algunas facultades revelan con todo un desarrollo menos regular: la capacidad respiratoria tiene un crecimiento rápido e irregular uno o dos años antes de la pubertad; la agudeza visual y auditiva está plenamente desarrollada hacia los 4 años; la capacidad de percibir dos sensaciones como diferentes disminuye al aumentar la talla, como lo prueba la experiencia estesiométrica.

En cuanto al desarrollo mental, las experiencias son menos concluyentes, estimándose ordinariamente que la evolución de la vida del espíritu, puede también representarse por una curva regular, sin saltos bruscos. Antes de la pubertad existía no sólo la memoria mecánica, que todos conceden, sino también la memoria lógica, y la facultad de raciocinar. El desarrollo de la inteligencia alcanzaría su máximo hacia los 20 años. Después de esta época el hombre no aumentaría la capacidad de su inteligencia, sino que únicamente enriquecería su memoria con nuevos conocimientos. La memoria crecería aún después de la adolescencia.

¿A Qué Edad se Presenta la Pubertad?

Es bien difícil establecer un criterio universal, sobre todo tratándose de los varones. Los múltiples estudios verificados para determinar la edad en que comienza la pubertad, no han dado un resultado satisfactorio, pues ninguno de estos estudios ha logrado fijar un año en el cual un 40% de los niños de esa edad sometidos a estudio comiencen en ese año a ser púberes. El cambio se produce muy rápidamente, en un espacio de seis meses a un año. Baldwey, que examinó 5.000 niños, halló que la edad media para los niños del campo era de 13 1/2 años y para los de la ciudad de 14 años. Según esta experiencia no habría diferencia de edad para los niños y las niñas; pero autores como Godín continúan sosteniendo que la opinión tradicional, que supone que la pubertad comienza un año antes para las niñas, es fundada. Terman, en su famosa encuesta sobre los niños de inteligencia superior, llega a la conclusión de que los dotados de mayor talento, los niños grandes, ricos, de buena salud, son púberes antes que los enfermizos, que los campesinos, que los niños de las clases populares.

La edad de la pubertad no es, pues, fija. A las indicaciones dadas por los autores citados podemos añadir las de Marro que la establece para los niños de Italia en 16 años, pero la edad está evidentemente retardada, pues los niños italianos participan del carácter meridional que se demuestra por una anticipación de la pubertad. Lancaster en sus estudios antropométricos sobre el crecimiento la fija en 14 años. Godín la sitúa en 15 1/2. Bierent alrededor de los 14 años. Creemos que en Chile la edad generalmente indicada de 13 años para las niñas y 14 para los niños puede ser mantenida como la más aproximada para la mayoría de los casos.

Causas diferentes pueden acelerar o retardar el advenimiento de la pubertad a veces hasta seis o siete años y esto en sujetos sanos. Rousseau hacía notar en su tiempo que él había encontrado en las montañas de Fribul “muchachos grandes, fuertes como hombres, con la voz aguda y el mentón sin barba”, y él atribuía este estado a la sencillez de costumbres, a una imaginación tranquila, y a la no escasez o inferioridad de la alimentación que es muy buena en aquella región. El calor, el clima, la raza, la herencia tienen una influencia considerable en el advenimiento más o menos temprano de la pubertad, pero

sobre todo lo tienen las influencias de orden psicológico, como el medio ambiente, las lecturas, las amistades, los bailes, las representaciones escénicas. Y como dice Mendousse: “La vida de las ciudades es demasiado fecunda en excitaciones de una especie, en particular avisos, periódicos ilustrados y otras parodias artísticas expuestas con tanta profusión que terminan por acelerar en los jóvenes el advenimiento de modificaciones fisiológicas que una imaginación tranquila o sanamente alimentada habría retardado. Esta es también la conclusión de Burnbarn en un trabajo publicado ya en 1891.

Marañón confirma esta idea diciendo que se retardaría la aparición de la diferenciación sexual si no existiese la erotización del sistema nervioso, fruto del ambiente psíquico en que se vive. Y en su obra “Estados intersexuales” afirma explícitamente que en la especie humana las influencias externas al ambiente cargado del espectáculo del amor entre la mujer y el hombre, modifican la marcha normal de los instintos”.

Ramón y Cajal, al estudiar la célula nerviosa, Monakov, al tratar de los traumatismos psíquicos de la primera infancia, nos suministran sugerencias sumamente interesantes para apreciar la influencia de los reflejos adquiridos en la modificación misma del sistema nervioso, por tanto en la anticipación y sobreexcitación de la vida sexual.

Es por tanto mucha verdad que los padres y educadores podrían mantener a los niños en una vida psíquica plenamente normal si no interviniesen las excitaciones artificiales de toda especie que impiden al adolescente evolucionar según su propia ley.

Posibilidad de la Castidad

La afirmación que acabamos de sentar es absolutamente justificada, ya que no faltan quienes piensan que el instinto sexual es avasallador e irresistible. Para estos tales la lucha por la pureza es infructuosa, pues la pasión sexual es ineducable. Y no faltan médicos que con criterio errado no dudan en aconsejar a todos los jóvenes que les consultan sobre sus insomnios o dolores de cabeza al practicar el acto sexual; y a aquellos que les preguntan cómo podrán abandonar ciertos vicios degradantes, les dan como única respuesta el tener relaciones con

personas de otro sexo, sin pasárselos por la cabeza el inducirles a una vida de continencia, tal vez por no creerla posible.

Y sin embargo, las observaciones de la medicina, la psicología y la experiencia están contestes en afirmar la posibilidad de la continencia, no sólo hasta el matrimonio, sino aun durante toda la vida para el hombre o mujer, psicológica y fisiológicamente normales.

Es indudable que el deseo sexual existe en la pubertad, pero no se sigue de esto que el individuo haya necesariamente de realizarlo, sobre todo en una edad en que necesita de todas sus fuerzas para su desenvolvimiento físico. Las estadísticas de Bertillon atestiguan que la mortalidad es mayor en los hombres casados menores de 21 años que en los célibes de la misma edad. Los niños que nacen de padres tan jóvenes son a menudo débiles.

Los testimonios de médicos que afirman clara y explícitamente la posibilidad de la castidad, son muy numerosos. Fournier dice: "Si los daños de la continencia existen, yo no los he constatado, y eso que los casos de observación no me han faltado en esta materia". Feré tiene un testimonio muy hermoso: "Aquellos que son capaces de castidad psíquica pueden guardar la continencia". Maigné afirma: "La continencia puede guardarse siempre..."

Mantegazza, Friedel, Raoult, Acton, Le Veziel, De Montegre, Héricourt, Surbled, Francotte, Herezen, Hufeland, Kraft-Ebbing, Dubreuhl, todos estos y muchos otros insisten en esta misma idea. El Dr. Ribbing decía: "He recibido numerosas confidencias de estudiantes sanos de cuerpo y espíritu, que me han reprochado el no haber insistido sobre la facilidad con que pueden dominarse los impulsos de los sentidos".

El gran pedagogo suizo Foerster, dice que la disciplina personal que exige un orden monogámico parece hoy a muchas personas tan absurda como impracticable. Habrá con todo un tiempo en que ella habrá necesariamente de formar uno de los elementos del hombre honrado no menos que la honradez en materia de dinero; y un médico no pensará más en aconsejar a un joven las relaciones sexuales fuera del matrimonio "por higiene", que un moralista a un obrero el robar los alimentos que necesita para alimentarse más abundantemente.

El Dr. Frank Escande declara que su observación le ha demostrado que los deseos provienen sobre todo de factores psíquicos. La mentalidad del muchacho a este respecto, es generalmente falseada por una iniciación sexual

anormal: silencio de los padres e influencia de los compañeros viciosos; por la influencia nefasta de la pornografía, a menudo por la práctica del vicio solitario. Cuando estos deseos aparecen imperiosos e irresistibles en el adolescente, no se trata de una necesidad normal del organismo, sino de una manifestación patológica.

La Conferencia Internacional de Profilaxia sanitaria y moral celebrada en el Congreso general de Bruselas, al cual asistieron representantes de los principales países y de las sociedades médicas de mayor importancia, declaró por unanimidad que "Es necesario enseñar a la juventud masculina no sólo que la castidad y la continencia no son dañinas, sino además que estas virtudes son recomendables desde el punto de vista puramente médico e higiénico".

Repetidas declaraciones se han hecho en este sentido, algunas de las cuales reproduce el Dr. Escande en su libro "El problema de la castidad masculina". Los médicos de los hospitales y los profesores de la Escuela de Medicina de Nueva York unánimemente declararon que: "Constatando la extensión de los sufrimientos, las enfermedades físicas, los resultados de una herencia deplorable y el mal moral, inseparables de una vida impura, nos unimos para declarar que la castidad - vida pura y continente para los dos sexos concuerda con las mejores condiciones de la salud física, moral y mental". La Facultad de Medicina de la Universidad de Cristiania hizo hace años la siguiente declaración: "La aserción hecha recientemente por diferentes personas y repetida en diarios y asambleas públicas de que una vida moral y una continencia perfecta son malas para la salud, es absolutamente falsa según nuestra experiencia: no conocemos ningún caso de enfermedad y ninguna clase de perjuicio, que se pueda atribuir a una conducta perfectamente pura y moral".

La continencia es, pues, perfectamente posible al ser que tiene salud psíquica. Es innegable que así como hay cleptómanos y pirómanos, hay también seres que tienen su responsabilidad disminuida y algunos aun extinguida tratándose de sexualidad, pero tales casos constituyen la excepción. Se trata de anormales, de enfermos, que es necesario cuidar o por lo menor poner en la imposibilidad de dañar. Pero la mayor parte de los que arden en el vicio de la sexualidad, arden culpablemente, debido a las influencias psíquicas que ellos han permitido se ejerzan sobre su alma: vicios de educación sexual, onanismo, pornografía y demás alimentos impuros que predisponen al sensualismo.

En cambio, temperamentos ardientes triunfan de sus apetitos. Tolosa

ha escrito que hombres muy ardientes, rectificando su actividad intelectual, saben hacerse continentales. De ordinario, pues, cuando el instinto sexual se impone como una necesidad, es porque el hombre le ha permitido arraigarse. La castidad no es cuestión de temperamentos: es cuestión de educación, de principios, de voluntad.

Rousseau afirma que entre los germanos el adolescente que perdía su virginidad antes de los veinte años perdía su reputación. Renan por su parte declara que los sermones de sus maestros sobre la pureza fueron suficientes para mantenerle casto durante toda la juventud. Y cada día puede comprobarse ese mismo hecho indiscutible de numerosos jóvenes que guardan íntegras sus costumbres en esos años de borrasca; más aún, es un hecho de experiencia bien comprobado que hay jóvenes llenos de vida, sanos de cuerpo y alma, jóvenes de talento, que no experimentan una lucha sexual vehemente. En los campos es éste un fenómeno bastante corriente; pero también lo es en las ciudades. En el fondo una conducta semejante se explica por el hecho de que estos sujetos han dejado que la naturaleza siga sus propias leyes, sin desorientarlas por el influjo malsano de perturbaciones artificiales.

El Doctor Escande, con un criterio científicamente honrado, afirma a este respecto en confirmación de lo que venimos diciendo que: “La Iglesia Católica impone a su clero regular y secular la obligación de una castidad absoluta; prohíbe a sus fieles “los actos carnales” fuera del matrimonio. No vamos a establecer aquí la proporción de sacerdotes que guardan el voto de castidad, pero es cierto que hay muchos. Es contrario al espíritu científico poner sistemáticamente en duda la buena fe de todo un grupo de hombres, entre los cuales muchos se imponen a nuestro respeto y a nuestra estimación. Los progresos de la medicina están ligados a la confianza que se acuerda a los autores que hacen trabajos personales o que publican observaciones. Hay sacerdotes indignos, lo mismo que hay médicos poco escrupulosos, pero hay ciertamente muchos que llevan una vida pura”. El que esto afirma es un protestante.

El mismo Doctor Escande agrega: “No se puede sospechar de las afirmaciones de todos los jóvenes que no se avergüenzan de su virginidad. Hemos tenido el gran privilegio de conocer muchos, sea entre nuestros amigos de Uniones Cristianas de jóvenes, sea entre nuestros compañeros estudiantes de medicina, externos e internos de los hospitales; estos hombres castos no eran

inferiores a los otros ni desde el punto de vista físico, ni desde el punto de vista intelectual; muchos por el contrario, se han distinguido en exámenes y concursos”.

En las Islas Británicas y en los Países Escandinavos existe la sociedad “La Cruz Blanca” que cuenta con numerosos adherentes comprometidos a la guarda de la pureza. “La Estrella Blanca” en Francia agrupa adherentes con igual compromiso. En estos últimos años “El movimiento de Oxford” ha emprendido la misma campaña. Este movimiento, que no es de origen católico, agrupa hombres formados, ancianos y jóvenes venidos de todos los países, sobre todo de los del Imperio Británico y, aunque sin confesarlo explícitamente, pretende la vuelta a varios principios eminentemente cristianos, entre ellos a la pureza absoluta.

Parece que estas breves indicaciones son suficientes para dejar establecido este hecho fundamental en la pedagogía del adolescente: los deseos que brotan en su interior pueden convenientemente ser retardados, evitando que excitaciones artificiales los anticipen con daño de su salud corporal y espiritual. Una vez que aparecen, no tienen el carácter de actos imperiosos que han necesariamente de realizarse, pueden ser reprimidos ciertamente hasta el matrimonio, más aún toda la vida, sin que de ello se sigan perturbaciones fisiológicas ni psicológicas, sino por el contrario se asegura una vida fuerte y prolongada. Las estadísticas de Bertillon sobre la longevidad estudiada según las profesiones colocan en primer lugar a los sacerdotes.

CAPÍTULO II

Filosofía Sexual

Una filosofía sexual que represente la dominación del espíritu sobre la materia es absolutamente necesaria para asegurar la guarda intacta de la castidad. La razón de ser del instinto sexual, su sitio en la vida humana, su excelencia dentro del matrimonio, como una comunicación hecha al hombre del poder creador de Dios, son aspectos que deben ser perfectamente conocidos por los padres y educadores y no menos por los jóvenes que aspiran a guardar intacta su pureza. El conocimiento del plan de Dios sobre el hombre y sobre cada una de sus principales facultades ayuda poderosamente a la realización de este mismo plan, y hace que el hombre pueda prometerse la ayuda de Dios para secundar sus planes. ¡Hasta qué punto se apaciguan los instintos cuando el hombre llega a comprender sus destinos superiores!

Una parte infinitamente grande de la debilidad humana en la vida moderna no viene de una exigencia orgánica irresistible, sino de una concepción materialista de la vida que abierta u ocultamente nos tiene prisioneros, y nos despoja de “nuestro derecho a querer”, y priva al espíritu de esta fuerza que triunfa de todas las exigencias desordenadas de la vida instintiva. Cuando el hombre llegue a obtener esta seguridad científica, que tantos médicos se esfuerzan por desvanecer, el sistema sexual encontrará la paz que no puede encontrar en medio de las fórmulas excitantes de ahora ni en medio de las disciplinas inciertas del pensamiento moderno. El cuerpo obedece con gusto al espíritu que ha llegado a estar seguro de sí mismo.

Algunos pretenden que no hay derecho a imponer esta conciencia moral tan elevada porque equivaldría a fomentar la hipocresía de la masa, la mentira sexual de los hombres; y quieren rebajar las barreras contentándose únicamente con prohibir aquellas acciones que ocasionan peligro para la raza. Pero, como muy bien reconoce Foerster, no es algo que podamos hacer a nuestro capricho el rebajar nuestra conciencia. Si nuestra conciencia íntima nos indica la monogamia como conducta, si ella conduce a la perfección del ser humano, a la liberación de la parte espiritual de nuestro ser del mundo de los instintos, nosotros no podemos fijar un límite inferior. Aunque las consecuencias sean duras, la lógica nos obligará a respetarlas. Allí está nuestro deber. Si queremos

rebajar las exigencias morales en el dominio sexual, hemos de rebajar nuestro ideal de responsabilidad, de fidelidad, de compañerismo en todas las esferas de la actividad humana. La moral sexual que hemos expuesto no procede únicamente de los principios cristianos, sino que está ligada indisolublemente al perfeccionamiento social y a la recta evolución de la sociedad moderna. Cualquiera concesión es extraordinariamente peligrosa bajo el punto de vista social: confirma en su pereza a los hombres sin voluntad, impulsa a los más enérgicos a dejarse estar y los entrega a todos los desórdenes de la sensualidad.

El matrimonio monogámico, como forma exclusiva de la unión sexual, no es sino una aplicación a las relaciones sexuales de las leyes de la conciencia reconocidas desde antiguo en todos los otros dominios. La disminución del carácter y el debilitamiento nervioso que siguen a las relaciones sexuales fuera del matrimonio, son una consecuencia de que esos delitos nos ponen en contradicción con nuestro yo personal en el más alto sentido de la palabra. Porque al que no quiere engañarse a sí mismo, sino que se representa de una manera completamente realista la influencia total de las relaciones fuera del matrimonio sobre el alma y la vida de la mujer, le será imposible no ver que tal conducta desconoce el sentimiento de la propia responsabilidad y no es en manera alguna cabaleresca.

Por desgracia la conducta de tantos jóvenes, semejantes en materia sexual a una banda de gitanos dedicados al salteo y al pillaje, se traduce en la falta general de honradez profesional, de espíritu de sacrificio, raíz ínfima de los males políticos y sociales que lamentamos ahora más que nunca.

En el animal son ciertos instintos determinados los que unen el sexo al conjunto de condiciones vitales; en el hombre es el centro espiritual el llamado a ejercer esta influencia centralizadora, regulando la actividad de cada una de las potencias inferiores según un principio superior a las múltiples tendencias parciales que experimenta. El hombre es el único ser que puede controlar sus pasiones, pero es al propio tiempo el único que puede ser más bestia que todos los otros animales.

Los médicos que sostienen la imposibilidad de la continencia piensan así movidos por sus doctrinas materialistas: Desconocen el poder de una voluntad libre basándose en prejuicios filosóficos confirmados por el trato con una clientela formada por anormales cuya etiología interpretan ellos en función de principios deterministas. Con mucha frecuencia hacen cuadrar los hechos con

tales principios de una manera completamente arbitraria, y sobre todo cometen el gran error de generalizar a la vida psíquica normal las conclusiones que sólo valen para la vida patológica.

La gran extensión de la siquiatria hace que todos se fijen con interés extraordinario en las casos anormales: los psiquiatras tienen como clientela ordinaria los agitados, débiles, histéricos, degenerados y a fuerza de vivir en ese ambiente llegan algunos a creer que no hay otras posibilidades morales que las que no son realizables por el grupo de sus pacientes. La capacidad disminuida de los neurasténicos, o neurópatas, se convierte así en la medida de lo que puede esperarse del ser humano en general: la clínica de un psiquiatra se convierte en la fuente de revelaciones de lo que puede alcanzar el ser humano, de los fines morales de su vida. Pero la ley no ha de ser dictada por los enfermos. El ideal ha de ser fijado por los fuertes, que arrastrarán detrás de sí a los débiles. Este ideal es por lo demás, el mejor socorro que el fuerte puede prestar al débil. Más aún, el débil ha de ser considerado en función de la posibilidad de regenerarse, y ésta es grande cuando se vive por un ideal superior. El enfermo no puede ser curado sino por el sano, por el fuerte; y ha de estar convencido de que la salud es posible, que es ventajosa, que es la única manera de realizar el plan de Dios sobre él.

Estas ideas son absolutamente necesarias para no desorientarse ante la catástrofe moral de tantos adolescentes que atraviesan completamente a ciegas la crisis de la pubertad y sucumben en ella.

La vida de colegio, para los niños de familias pudientes, la de la escuela y no menos la de los conventillos para los de familias pobres, ofrecen muchas ocasiones de contraer hábitos perniciosos. Los internados de una manera particular, sobre todo cuando no hay un cuidado exquisito bajo el punto de vista moral, constituyen un ambiente particularmente peligroso. Las estadísticas de Inglaterra y Estados Unidos son verdaderamente graves, pero, cosa curiosa, puede verse en estos mismos países la influencia moralizadora de valor extraordinario de la educación moral y religiosa. Encuestas hechas entre alumnos y profesores de estos países aseguran que la mayor parte de los alumnos católicos atraviesan con éxito la crisis de la pubertad. El número enorme de jóvenes, sobre todo en Estados Unidos, que aspiran a la vida sacerdotal y religiosa confirma plenamente la pureza de sus costumbres, pues muestra que no se amedrentan ante el voto de castidad perpetua. Entre los alumnos de un mismo curso de un colegio

norteamericano que terminaban los estudios secundarios, 37 ingresaron a la vida religiosa, hecho que en forma semejante se repite todos los años en muchos colegios de los Estados Unidos. Mendousse, autor cuya parcialidad no puede objetarse, afirma que él cree poder afirmar que en los colegios dirigidos por religiosos, los jóvenes de costumbres íntegras son más numerosos que en otras partes, debido al valor incalculable atribuido a la pureza por la educación religiosa.

Donde no se toman estos medios, los peligros y las caídas son mucho más frecuentes. Y Mendousse, refiriéndose a los alumnos de los liceos de Francia dice: "Desgraciadamente los privilegiados son pocos; y éstos deben su salud moral al hecho de tener una naturaleza bien equilibrada en la cual los fenómenos del crecimiento se producen por gradaciones insensibles".

Causas de las Caídas

Múltiples son las causas de estas fallas en la pubertad. Ellas pueden ser físicas: entre éstas ejercen especial influjo la herencia, con propensión a la tuberculosis, el estado nervioso agitado, las malas digestiones, la falta de limpieza, sobre todo local, las enfermedades de la piel, las largas convalecencias, el calor, la acción de la primavera - la época más difícil del año - el permanecer demasiado tiempo sentado, la vida de inmovilidad, la debilidad muscular, la pereza matinal en la cama.

Las causas que ejercen una principal influencia son, con todo, psíquicas. La precocidad mental empuja al niño inteligente a averiguaciones de toda especie sobre materias que él ha sorprendido de una manera dudosa, que son tratadas con un aire misterioso, y que por otra parte repercuten en su ser, como él comienza a darse cuenta. Su imaginación revestirá estas ideas de imágenes las más variadas. Una vez despierta su curiosidad, si no son advertidos de la verdad de estos fenómenos, no tendrá ningún escrúpulo en acudir a ser instruidos por camaradas ya perdidos. Las ocasiones se presentan numerosas, sobre todo que en mucho establecimientos los niños no encuentran entretenimientos adaptados. Sus esparcimientos se reducen con frecuencia a juegos de manos, a conversaciones en grupos, cuyo peligro es todavía mayor si se tienen en rincones donde algún

alumno más desvergonzado cuenta chistes de doble sentido, sin que falte algún brocas que inicie la narración de aventuras personales que le den autoridad ante sus inexpertos compañeros. ¡Qué triste cosa es ver un niño de excelentes costumbres perdido de la noche a la mañana por la influencia de un mal compañero! En los establecimientos donde tales conversaciones se tienen, los muchachos, según una de las leyes de la psicología de las muchedumbres, viven en un ambiente inferior y valorizan estos hechos en forma anormal.

Los pecados que amenazan a los internos parecen venir más que de privación de la vida de familia, del ambiente que encuentran en el colegio. Cuando este ambiente es modificado con sabios reglamentos y honestas distracciones y vida espiritual intensa, como sucede en los grandes internados ingleses y norteamericanos, el peligro no es mayor que en el externado.

Consecuencias de la Impureza

Algunos autores señalan una serie de síntomas externos que indican que un adolescente está contagiado por el mal, pero considerados aisladamente no son indicios seguros de faltas de impureza. La impresión de conjunto que produce el aspecto y la conducta del adolescente a los que le frecuentan diariamente es la única que puede poner al tanto al educador sobre la existencia de faltas que exigen su colaboración. Entre los síntomas psicológicos se presenta con frecuencia la disminución de la memoria. La tenacidad en la retención parece la más frecuentemente comprometida, y no menos la facilidad de las adquisiciones, sobre todo debido a la disminución de la capacidad de atención. La vida afectiva y la vida activa del adolescente aparecen profundamente modificadas: tristeza, apatía, egoísmo, descontento de sí mismo, y de los otros, descuido de sus ocupaciones, desinterés por el juego, ceguera de espíritu y de corazón que le hacen denigrar los fines ideales, despreciar el amor, la pureza, el desinterés... El que se da a estas faltas reviste con frecuencia esa actitud grosera que tanto choca. Y es natural: el ser que se considera a sí mismo, sus caprichos, sus gustos, el centro de toda la vida, se acostumbrará a no negarse nada y terminará por ser un grosero.

En las almas delicadas el daño que ocasionan las faltas de este género

es aún más grave: el atractivo del placer se les presenta como irresistible y disfrazado con mil pretextos. A la satisfacción del deseo sigue una depresión de espíritu tan grande como la exaltación previa. Se da cuenta la víctima de su falta, siente remordimientos, espera una catástrofe que venga a castigar su culpa, observa con curiosidad toda su persona y su estado de salud. Después de un tiempo de lucha terminan los más débiles acomodándose a este estado de cosas y enterrando definitivamente los deseos de dominar sus malas tendencias y aun de aspirar a algo grande; están convencidos de la pobreza de sus esfuerzos y de lo exiguo de su personalidad. La mayor parte de los que no cumplen con su deber durante los años de adolescencia sufren una disminución de su personalidad, que puede ser definitiva si no logran que la voluntad se imponga finalmente. Agitación sin finalidad, falta de dominio de sí mismo, falta de perseverancia y de dirección interior, atención vacilante son síntomas que acompañan el vicio impuro. Payot cree reconocer en estas faltas la causa principal del “surmenage” escolar: “Yo no creo, dice, que se encuentren estudiantes perfectamente puros, víctimas del “surmenage”. El único “surmenage” en esta edad es, el que causan los malos hábitos”. Las emociones deprimentes, en particular el miedo bajo todas sus formas, invaden la conciencia, acaban con la franqueza y el entusiasmo propio de la juventud, introducen un estado de perturbación en el que alternan la audacia cínica y una timidez enfermiza. La abulia, de que tanto padecen muchos adultos en la sociedad contemporánea, tienen como manifestaciones, según Ribot, una depresión de la tonicidad muscular, lentitud y dificultad en las reacciones, obsesiones y terrores imaginarios: los mismos fenómenos patológicos que acompañan con frecuencia los pecados de la pubertad. Esta idea se confirma con el número creciente de neurasténicos entre los estudiantes. Los pecados de impureza pueden producir un agotamiento rápido y aun una locura particular y las peores perversiones.

CAPÍTULO III

Pedagogía Sexual

Hay muchos educadores y sobre todo muchos padres de familia que experimentan una gran repugnancia por abordar el tema de la educación de la castidad, sobre todo para premunir a sus hijos o educandos dándoles las nociones necesarias para satisfacer la curiosidad que comienza a despertarse; prefieren muchos de ellos contemplar el derrumbe de la vida moral de sus hijos antes que atreverse a decirles una palabra que los pudiese detener. Temen que se debilite su autoridad paterna.

Pero hay otro escollo mucho más corriente, sobre todo entre las personas que se dicen científicas: el de sobreestimar la iniciación sexual como el mejor y aun como el único medio de terminar con los estragos de la impureza. Todos éstos creen que la depravación y la sobreexcitación de la juventud contemporánea son el efecto de una falta de iniciación conveniente. La causa principal, en cambio, ha de ser buscada en la terrible baja de la educación del carácter y en el delirio de gozo, tan característico de nuestra época. En tal ambiente ¿qué significa la enseñanza sexual? A lo más hace al individuo curioso de aquello que se le calla. Cada día se confirman las palabras de Ovidio: Video meliora proboque, deteriora sequor. Veo el bien y lo apruebo, pero sigo lo que no es tan bueno. La sola iniciación no da un remedio cuando la violencia de los impulsos inferiores no está contenida por una formación general y metódica del carácter, ante todo por una gimnasia o accésit de la voluntad. **La preparación de la voluntad es mil veces más importante que la preparación de la inteligencia.** Todas las nociones de higiene sexual sobre el peligro de enfermedades no sirven de nada si, llegado el momento de la tentación, la voluntad no tiene la fuerza para obrar de acuerdo con esos conocimientos.

La mejor iniciación excitará más la pasión si no se ha preocupado de fortificar la voluntad. Si esta preocupación ha existido, tal iniciación será sumamente ventajosa. La iniciación tiene por tanto, un papel secundario. La palabra misma de pedagogía sexual es discutible, puesto que parece indicar que hay un tratamiento especial para esta materia, siendo así que el tratamiento es el proceso educativo general, que dice sobre las cosas sexuales el minimum necesario y se ocupa sobre todo de robustecer las fuerzas espirituales para que

el joven tome ante estos impulsos nacientes la actitud espiritual correspondiente. El pedagogo de la vida sexual es el que aprovecha todos los medios generales, todos los recursos intelectuales y afectivos, para precaver este peligro. La actitud sexual de un joven es el resultado de toda su educación. Si ésta ha sido floja o puramente intelectual, fracasará a la primera tentación, a pesar de la mejor iniciación; si toda la educación ha despertado el sentimiento de la moralidad, del honor, del deber, sabrá el joven, aún sin iniciación, reaccionar con esa espontaneidad que descubre toda la seducción que se cubre en el placer. La actitud de un joven en esta materia es por tanto el mejor test del valor de su educación.

La ligereza en materia de costumbres de la juventud contemporánea es un verdadero juicio de toda la educación moderna que absorbe de tal manera las fuerzas en la adquisición del saber que no le deja energías para dominar sus impulsos. ¿Para qué le ha servido al joven toda esa cultura, si el fracaso ruidoso de su vida post-escolar demuestra que no estaba armado para la vida? En muchos casos la educación moderna ha querido cambiar completamente el rumbo de la educación antigua, abandonar las severas sanciones y sustituirlas por un sistema de mayor liberación, mayor respeto por la personalidad humana. Por desgracia, con harta frecuencia hemos visto que este cambio no ha estado preparado y que sólo se ha insistido en criticar el sistema antiguo y en dar una libertad sin freno, pero sin dedicarse a formar ante todo el ideal de la persona y a fortificar la disciplina interior. Y el sistema moderno en tales casos ha sido peor que el antiguo, pues antes por lo menos, el temor del castigo contenía; y en el nuevo no hay ese temor, ni hay tampoco una moralidad interior que sirva de salvaguardia. El ideal estará en respetar la libertad humana, pero dando al propio tiempo las fuerzas espirituales de que necesita el hombre para que sepa cumplir con su deber de una manera personal, propia del hombre consciente.

La Formación de la Voluntad

La continua preocupación de estos últimos tiempos de hablar al hombre sólo sobre sus derechos y sobre su autonomía, han contribuido grandemente a que la voluntad no se sienta con fuerzas, no esté entrenada para la lucha. Fenelón compara hermosamente la voluntad humana a una vela que arde

al aire, que es llevada de un lado a otro según la fuerza y dirección del viento. Esta autonomía disimulada con nombres sonoros como el de *Lebensbejahrung* o el de *Acquiescement a la vie*, es una forma disimulada de la pobreza de voluntad y de la falta de disciplina personal. En la pedagogía sexual la formación de la voluntad ocupa el primer lugar.

Esta formación de la voluntad supone dos factores: motivos claros, precisos, bien definidos, y un ejercicio constante en el sentido de la dirección vista por la inteligencia.

Primer Elemento de la Formación de la Voluntad: un Ideal Concreto

Para determinar acertadamente cuál haya de ser el ideal que mueva nuestra voluntad, hay que establecer anticipadamente algunas premisas.

No hay formación de la voluntad, no hay vida pura, vida ordenada, sin un gran renunciamiento, sin sacrificio, sin heroísmo. El que no es héroe, no es hombre. El que no es héroe, no es hombre. El que no se niega a sí mismo lo lícito caerá en lo ilícito, idea que el gran ciudadano chileno don Abdón Cifuentes expresaba de esta manera: "El que gasta todo lo que tiene, terminará por gastar lo que no tiene". Y si hay ahora tanta corrupción de costumbres, es precisamente porque no hay ánimo para afrontar varonilmente el problema del sacrificio y del renunciamiento y porque la concepción dominante que dejan entrever los padres de familia es que la vida es corta, que hay que gozar, que no hay que negarse nada. Y así se ven esos derroches de dinero -que con frecuencia no se tiene- en adornos en fiestas, en representar..., esa ansia de diversiones, de placeres, de bailes... Este ambiente, aunque pueda no constituir pecado grave, no es con todo el más a propósito para que reine la virtud de la pureza que sólo se alimenta del heroísmo. Ese ambiente, aunque en sí no fuese impuro, lleva a la impureza, porque quita al alma ese pan de vida que es el vencimiento propio, porque la coloca en un plano de placer y hace que inconscientemente la tesis fundamental de su vida sea el *carpe diem*: aprovecha el tiempo para divertirse.

El primer medio por tanto, para la formación de la voluntad es el

persuadirse claramente de la necesidad del ideal ascético y de un ambiente espiritual de generosidad y heroísmo. Rousseau hablaba cándidamente de la naturaleza humana buena. Freud se ha encargado de revelar los bajos fondos del alma humana y la lucha que comienza tan temprano en el hombre, sobre todo en el dominio sexual. La descomposición de costumbres en el dominio sexual se realiza con gran rapidez. Desgraciadamente la descomposición sigue en otros dominios, puesto que lo que ha parecido con la inmoralidad sexual es el señorío del hombre sobre su espíritu. Esta baja espiritual no tardará consecuentemente en manifestarse en todos los dominios de la vida ciudadana o social, en egoísta lucha de clases, en deshonestidad profesional, hasta en el robo y en el homicidio.

En este estado de descomposición podemos robustecer la voluntad presentando los grandes ejemplos de virtud que nos ofrecen las almas generosas. Los católicos podemos presentar a los santos. Ellos se imponen al respeto, no sólo de los propios católicos, sino de todas las almas honradas. Hombres como el protestante Foerster insisten firmemente en el valor más lógico que tiene la contemplación de las vidas heroicas de los santos y de los grandes héroes. El mayor poder de arrastre en la vida moral no reside tanto en la justificación intelectual de la vida moral, si no en su encarnación viviente y en la glorificación del mundo espiritual mediante la heroicidad de sus vidas. La fe en el destino espiritual del hombre es así comprendida no sólo como un simple sueño, sino como una realidad fortificada y sellada por caracteres que la han amado y vivido con más fuerza que la que los mundanos emplean en buscar el oro y el sexo. Estos ejemplos desarrollan en el hombre la conciencia moral, este sentimiento sin el cual los mandamientos morales no logran jamás echar una raíz personal y profunda.

Hay por desgracia muchos hombres que no comprenden la necesidad de un ideal superior a la mera calificación estricta. Después de todo ¿qué hay en su naturaleza que pueda inquietarlos? ¿No son acaso honradas, no hacen la caridad?; qué se les deje por tanto vivir en paz! Ignoran ellos que en el alma humana viven estrechamente unidas la salud y la enfermedad. Si el espíritu se impone fuertemente, la enfermedad permanece sólo como una posibilidad que dormita. Pero si el heroísmo espiritual es ridiculizado y el dejarse estar de la naturaleza glorificado, entonces todo lo que hay en el hombre de perverso, de cobarde, de sensual, de demoníaco, sale a la luz del día... Por desgracia no han

fallado autores que han llegado en su perversión a estimar la enfermedad como si fuese la salud y la norma de la vida. Doctrinas como las de André Gide y Blüher se presentan ahora descaradamente; más aún, se pretende justificar humano y literariamente una serie de aberraciones sexuales que hacia ahora habían constituido el peor insulto que se podía arrojar a la cara de un hombre. Y tales aberraciones se exponen en los libros, se realizan en las ciudades sabiéndolo todos... Cosas peores en todo orden se realizarán después, y buena prueba de ello es la catástrofe social que azota ahora a tantos países. Cuando el espíritu de sacrificio se ha perdido y el hombre considera lícito entregarse a cualquier placer por más repugnante que sea, antes que imponerse un sacrificio, el hombre se convierte en bestia. Solamente la fe en la naturaleza espiritual del hombre y en sus poderes podrá entonces salvarle.

Y no está demás insistir en esta idea para apreciar más el valor social de la castidad que expresa muy bien un proverbio hindú: “Como los pájaros hambrientos alrededor de su madre, así los hombres se agrupan ansiosos alrededor del fuego del holocausto del que ha vencido el mundo”. ¡Qué hermosamente aparece en este proverbio la idea del valor social del sacrificio! Los hombres al debatirse con sus propias dificultades aspiran al esfuerzo que les viene del ejemplo de aquellos seres que se han libertado a sí mismos. Es el espectáculo de todos los tiempos. Los hombres se burlan del bien supremo y lo insultan, y al propio tiempo sospechan que no pueden salir del paso sin el aliento y la luz que él les da. Es la idea que expone hermosamente Dostoiewesky en su novela *El Idiota*: “Todos se burlan del verdadero desinteresado, del puro, y le tratan de idiota; y sin embargo, todos vienen a él con sus problemas, y esperan de él la solución de sus inquietudes desesperadas”.

Este es el valor pedagógico de la castidad: la fuerza decisiva del ejemplo, el mostramos prácticamente la posibilidad del camino del deber. Personas salidas de nuestro barro se elevaron con un impulso decisivo hasta obtener su libertad interior. Y cuando el hombre no encuentra a su alrededor estos ejemplos que arrastran, los crea, como sucedió a Nietzsche con su concepción del superhombre, protesta enérgica contra la concepción del naturismo grosero. Es por tanto, de gran valor pedagógico el utilizar los ejemplos de los santos, sobre todo de santos actuales, poniendo a los jóvenes en su contacto. Los jóvenes puros, idealistas, apóstoles, serán la mejor defensa de sus compañeros, no menos que los maestros abnegados en quienes brille la vida sobrenatural y una idea

superior.

Un protestante, Hilty, ha reconocido abiertamente este hecho y se lamenta que en las iglesias reformadas no cuentan ellos con este ejemplo tan convincente. “En tiempos de la reforma, por miedo a las exageraciones de la Iglesia Católica, nosotros desechamos el culto de los santos, y nos hemos privado así de una fuerte invitación al bien, puesto que los hombres aprenden más fácilmente por el ejemplo que por la predicación. Llegará un tiempo en que los verdaderos santos católicos sean conocidos entre nosotros mejor que lo fueron hasta ahora”. Y éste ha sido bien el caso. Al que visita en Inglaterra las iglesias anglicanas llamadas High Church, le sorprende el ver reintroducido el culto de los santos. Estas iglesias presentan completamente el aspecto de una iglesia católica. Además la iglesia anglicana se aprovecha literariamente del ejemplo de los santos y pone en mano de sus jóvenes ediciones apropiadas de vidas de San Francisco de Asís. A algunos les parecerá que los ejemplos de los santos están demasiado lejos y exceden sus fuerzas. Pero es necesario acordarse que en la vida siempre lo ordinario descansa en lo extraordinario, lo visible en lo invisible.

Lo que hemos dicho de los ejemplos de los santos hay que hacerlo extensivo igualmente al ejemplo de las órdenes religiosas. En la cripta de San Francisco de Asís, en Chile, está representado el triple sacrificio por el cual la ascética cristiana se opone a las pasiones humanas: la pobreza, la castidad, la obediencia. Este triple sacrificio dirige continuamente a los hombres que permanecen en el mundo y que deben luchar contra la concupiscencia, la sensualidad y el orgullo, un constante llamamiento a recordar su origen espiritual y los defiende contra las sobrevaloración de las cosas exteriores. Que haya seres que voluntariamente viven en pobreza, castidad y obediencia, renunciando a los bienes sensibles, para no vivir sino de la contemplación espiritual o del amor del prójimo es algo que valoriza enormemente la seriedad de la vida espiritual. Dostoiewsk dice a este respecto “El que no comprende al monje, no conoce la vida”. No son ciertamente las épocas más cultas de la historia, sino la más sombrías, aquellas en que ha olvidado el hombre la aspiración a la libertad espiritual escondida en lo más profundo de su ser y la torturante lucha con el mal, y se ha empeñado en no reconocer en los santos y en los monjes factores sociales de primer orden. ¡Qué crimen tan grande el de desprestigiar sistemáticamente estas instituciones y todo el orden sobrenatural proponiendo

en cambio una pobre moral, que se ha demostrado bien insuficiente!

Es muy fácil predicar con frases retumbantes la continencia a la Humanidad, pero no llegada ésta, a obtener el éxito y la alegría del vivir mientras permaneciese privada de la fe en otro mundo superior.

Por el sacrificio que significa, el celibato es la institución más sólida que pueda pensarse en favor de la familia; una ofensiva heroica contra la insolencia del puro instinto natural, que pide siempre más y más cuando se le consiente, y que no puede ser domesticado sino mediante un rechazo total. Schopenhauer confesaba que el luteranismo ha destruido un nervio vital del cristianismo combatiendo los méritos del celibato.

Estas ideas basten para indicar cómo un ideal superior, concreto y heroico es el primer elemento en la formación de la voluntad, tan necesaria para la educación de la pureza. **El que ha comprendido que no hay verdadero amor sin gran sacrificio, que no hay verdadera comunidad sin un gran renunciamiento, que no hay renovación social verdadera sin un combate heroico contra el egoísmo, ese tal está en el camino que le conducirá al dominio sobre sí mismo.**

Segundo Elemento: el Esfuerzo Cotidiano

Foerster ha dicho esta frase profunda: “**Sólo conquista la libertad aquél que está obligado a conquistarla cada día**”, y Suart Mill, muy poco sospechable de clericalismo, no duda en afirmar: “Que algún día han de volver los educadores a exhortar a la juventud al ejercicio del vencimiento de su voluntad y le enseñaran de nuevo como en la antigüedad a vencer sus deseos, a hacer frente al peligro y a soportar los sufrimientos voluntarios. Y todo esto como simple ideal educativo”.

La idea de la ascética es la simple aplicación a la pedagogía moral del axioma que dice que la ofensiva es la mejor defensiva. El que aguarda, sin obrar, los ataques de la sensualidad, será siempre vencido. El yo inferior mediante fuertes intervenciones debe estar preparado y formado a obedecer. La educación más fundamental de la castidad consiste por tanto en inculcar al niño desde mucho antes de llegar a la pubertad y en otras esferas de

actividad el vencimiento propio. El dominar el apetito, el ordenarse en el comer, el soportar el sueño, el vencer la fatiga son excelentes ocasiones para que los niños adquieran el dominio de sus pasiones.

Los jóvenes responden de ordinario con gran generosidad, a veces heroicamente, a estas invitaciones.

El peligro que hay que vencer en esta técnica del ascetismo es el de imponerla como una pura fuerza exterior, violentando la naturaleza del niño, obligándole a vencerse por vencerse. Hay que hacer que este deseo de vencerse nazca de su interior, mostrándole cómo la opresión aparente se transforma en una vida más elevada, en una liberación de las potencias superiores, que de lo contrario permanecerían encadenadas. Hay que mostrarle también que esta victoria sobre sí mismo no se adquiere, sino lentamente, mediante pequeñas victorias, como lo dice el Hamlet de Shakespeare: “**Dominaos una vez solamente, esto os dará la fuerza de conteneros nuevamente. Esto cambia el sello de la naturaleza y echa al diablo con una fuerza maravillosa**”.

Hay muchas madres, dice Foerster, que han oído hablar de la necesidad de la iniciación sexual y que esperan temblando el momento en que deberán hacerla, pero sería más útil que comenzaran desde luego a preparar a sus hijos para resistir a los combates futuros, haciendo que aprendan a dejar un plato favorito, a vencer su pereza, a dominar el dolor. Es necesario que todo el niño adquiera como una tradición que le incite a vencerse a sí mismo.

Los jóvenes que se sienten oprimidos por derrotas en materia de pureza y que no saben como reanudar la lucha temiendo a cada paso perder una nueva partida, han de aprender la única técnica psicológica: la fuerte motivación, y la actuación continua. La lucha indirecta contra la impureza es más eficaz que la lucha directa. **Hay que comenzar ejercicios de voluntad sobre otros puntos que no tengan nada que ver con la castidad**, para aumentar la confianza en las propias fuerzas a la vista de los triunfos que irá obteniendo con la ayuda de la gracia. Esta ascética indirecta puede consistir en ejercicios de silencio, de orden, de gimnasia corporal, de ayuno, de dominio de impresiones desagradables, de sinceridad, de estudios, por ej.: de aprender cada día durante cierto tiempo establecido de antemano una lengua extranjera. Todos estos ejercicios regeneran la voluntad, lo que no sería posible si nos aplicásemos directamente a luchar en el punto más débil, ya que el recuerdo de las continuas derrotas está demasiado fresco en la memoria.

Un conocido educador acostumbraba proponer a niños de 12 y 13 años, esta pregunta: ¿qué medios encontraréis en la escuela para ejercitar la voluntad? Los muchachos respondían con el mayor interés indicando varios, llenos de alegría de haber descubierto esta fuente de autoformación. Espontáneamente llegaban a darse cuenta de que los trabajos escolares, por más aburridos que les pareciesen, eran una fuente de energías para la voluntad si los hacían con precisión, limpieza, personalidad. Se daban igualmente cuenta de que la negligencia en estas materias es altamente educativa aun en otros dominios. Este medio les estimulaba más a la práctica del deber que todas las sanciones exteriores.

La iniciación sexual más importante no es, por tanto, la que se refiere a las funciones sexuales, sino la que enseña al individuo las fuerzas inagotables del espíritu para someter y dominar las tendencias del animal y obtener que se rindan al espíritu. Foerster se deleita en contar a los jóvenes la historia de Aquiles a quien su madre vistió de niña y lo hizo vivir entre las niñas para que no fuese obligado a poner a la guerra de Troya; pero Ulises hizo sonar las trompetas de guerra delante del palacio... las niñas todas se escaparon espantadas y el joven Aquiles corrió a empuñar las armas. De la misma manera, un joven acostumbrado al entrenamiento de su voluntad, cuando suene la trompeta de las tentaciones corren al combate contra los primeros impulsos de su sensualidad, mientras los que no están acostumbrados huirán cobardemente.

Los jóvenes son muy susceptibles frente a este llamamiento y oyen con avidez la frase de Nietzsche: “No arrojes al héroe fuera de tu alma”.

Esta idea de Nietzsche, ¿qué es, sino el eco de aquel pensamiento del Maestro: “Si el grano no muere no dará fruto”? Goethe aludía a la misma idea al decir que la palabra de orden del hombre no debería ser: “Haz lo que quieras”, sino “muere, para que seas algo”. Los jóvenes desean ciertamente vivir; toda la cuestión está en saber, qué vida desean vivir; la vida del ser superior, de grandeza de alma, de vigor espiritual, o la del placer sexual... Cuando el jardinero corta al rosal todos los brotes que parten de la raíz, no lo hace en verdad para matar la planta, sino para darle más desarrollo y lozanía. Igual cosa debe de hacer el hombre que quiere desarrollar su personalidad superior, acumular sus fuerzas y florecer. Desarrollar la personalidad no es decir siempre sí a todos los instintos, sino negarlos para que lo superior en el hombre se eleve y se desarrolle plenamente.

El joven ha de comprender la fuerza conquistadora de su propia voluntad, y también que todas las buenas intenciones no valen nada, si sucumben y se inclinan ante la muchedumbre en lugar de atacar. El caballero del Graal es un símbolo de esta actitud viril. Todo lo que es grande debe llevar una espada y una armadura de hierro. El sentimentalismo muelle no significa nada; todo depende de la fuerza de asalto de las convicciones, las que pueden ejercitarse admirablemente en el trato con los compañeros de colegio.

Auxiliares de la Formación de la Voluntad

El sentimiento del honor es altamente educativo, y uno de los mejores auxiliares en la lucha contra los vicios secretos de la juventud. El título de la obra de Schiller: “El criminal, por el honor perdido” tiene una significación pedagógica profunda. Un maestro que desprecia o descuida este sentimiento en el trato con sus alumnos, es responsable de muchas de sus caídas.

El sentimiento del honor durante los años de la pubertad pueden ir unido al sentimiento, entonces muy fuerte, del espíritu de cuerpo o sentido social. Hay que hacer fecundos pedagógicamente estos sentimientos para que no se conviertan en propagadores de hábitos perniciosos. Al propio tiempo hay que asegurarse la fuerza de resistencia de cada uno con respecto a la masa a fin de prepararle así indirectamente contra las seducciones de los malos compañeros.

Un adversario poco aparente, pero no poco eficaz de la pureza, que hay que atacar con toda el alma, es la mentira escolar. Lehmann ha constatado que la práctica de la mentira corroe toda la obra de la escuela para formar el carácter, y no está demás notar que la disciplina exterior, cuando es violenta o forzada, es responsable en gran parte del hábito de la mentira. Esta mala costumbre trae consigo otra serie de caídas morales, porque el mentiroso se envilece y se predispone a acceder al halago del momento. Una lucha pedagógica contra la mentira levantaría este honor del ser espiritual, este valor de las propias convicciones que es el gran baluarte de la castidad. El que pierde la estima de sí mismo sobre un punto, la pierde también sobre otros: constatación palmaria que la pedagogía sexual no es una pedagogía aislada, sino un resultado de la educación general del carácter. Si la educación moral hubiese sido realizada

continuamente con el niño desde pequeño, no habría necesidad al llegar a la edad crítica sino de breves alusiones al nuevo enemigo refiriéndose a las convicciones elaboradas y practicadas desde antiguo. Los pedagogos intelectuales se equivocan al pensar que nuestra moderna escuela del saber, con su acción moral tan escasa y superficial, puede, mediante una iniciación amplia sobre una materia escabrosa y tentadora, combatir los peligros de la pasión, haciendo un llamado a una fuerza de voluntad que no ha existido nunca o no ha sido ejercitada, a un sentimiento de responsabilidad que no ha actuado, a un sentimiento de honor muy oscurecido.

Íntimamente unido al sentimiento del honor está el espíritu caballeresco que el educador ha de desarrollar para facilitar la pureza del alumno. Para triunfar de las dificultades de la carne no hemos de matar los instintos del joven que le inclinan al otro sexo, sino que los hemos de sublimar como diría Freud. Dividir para triunfar ha sido un principio de todos los tiempos en la estrategia militar: dividamos este instinto del adolescente hacia la joven y tomemos la parte superior, ese sentimiento caballeresco que se despierta en todo joven agitado verdaderamente por el amor, y este instinto le ayudará a desprenderse de los ataques de su baja sensualidad. **No hay que olvidar que el desarrollo del instinto sexual es una substitución al estado de egocentrismo que caracteriza a la niñez. La orientación del individuo hacia la especie desarrolla en el adolescente las fuerzas espintuales del sacrificio, de la abnegación, de la renuncia y de la continencia.** El educador no tiene más que estirar la mano y tomar en la misma evolución el remedio que se desarrolla junto con el peligro, tan fuerte en las tentaciones. El P. Martindale contaba el caso de un joven de veinticinco años que sólo por respeto a la que había de ser su mujer, desconocida aún para él, había dominado sus bajos instintos. Pero de ordinario este espíritu caballeresco no subsiste si no va unido a una fuerte educación moral y al sentimiento de Dios, que dé una finalidad superior a sus sacrificios. La caballerosidad es un buen punto de apoyo, pero no basta; el educador ha de apoyarse en ella para saltar más lejos. ¡Excelsior! Muéstrase al joven que el verdadero espíritu caballeresco supone el heroísmo; que en el trato con una joven ha de respetarla y defenderla contra ella misma y contra su deseo de agrandar y no ha de explotar su ligereza. Esta actitud sólo la observará el que esté acostumbrado a la práctica continua de la abnegación y del sacrificio.

Una de las teorías más divulgadas por la Escuela Nueva es la de la necesidad de la educación social. Ordinariamente en las familias no se acude a los niños para que ayuden en las tareas de la casa, trabajo reservado ordinariamente a las niñas, menos ocupadas en las tareas escolares. Esto contribuye a que no se desarrolle tanto en el alma del niño el sentido de la responsabilidad, el cuidado de pensar y de preocuparse de los otros; sino que obra movido por móviles más egoístas.

Los educadores deben preocuparse de ejercitar a la juventud en la simpatía respecto a los otros. Esta simpatía no se ha de extender sólo a las personas, los enfermos, los pobres, las personas de la casa, sin exceptuar la servidumbre, sino también debe llegar hasta los animales, las plantas, las cosas. El niño que tiene un espíritu recto, delicado, respetuoso, tiene necesariamente un alma casta. Las excursiones escolares por ejemplo, ofrecen excelentes ocasiones para ejercitar a los jóvenes en la protección de los menores y de los más débiles y para desarrollar en ellos una educación social intensa: buenos modales, andar despacio en la noche, cerrar con cuidado las puertas, hablar en voz baja para no despertar a los que duermen. Todos estos ejercicios acaban con el egoísmo innato y hacen que el niño se acostumbre a entrar en la mentalidad de los otros y a dominarse.

Augusto Comte, filósofo y sociólogo, cada día al final del almuerzo comía, en lugar de postre un trozo de pan seco para pensar así en los que no tienen ni siquiera eso. Advertencia simbólica del gran valor del principio ascético de que la satisfacción ilimitada de nuestras necesidades personales y de nuestros apetitos nos pone en conflicto insoluble con todo un orden social necesario. No llegamos a colocarnos por la imaginación en las condiciones de la vida de los demás, a menos que mediante ejercicios enérgicos y perseverantes nos libremos de nuestros caprichos. Solamente el hombre libre de sus impulsos tiránicos puede considerarse un ser social.

Educación Intelectual de la Castidad

La educación intelectual de la castidad es lo que comúnmente se llama la iniciación, esto es, el descubrir el niño lo relacionado a la generación de la vida. Hay un momento en la vida del niño o del adolescente en que es ciertamente necesaria. ¿Cuándo hacerla? ¿Cómo hacerla? El pastor Servanté, capellán de los exploradores de Londres, dice que en el niño normal el interés por las cuestiones relativas al nacimiento, al sexo y otras similares se revela entre los tres y los cinco años. Quizás sea un poco exagerada esta afirmación, pero es cierto que en una edad muy prematura comienzan los niños a hacer preguntas sobre la venida de los niños al mundo. ¿Se eludirá el contestarles? ¿Se les contestará con una mentira ingeniosa, a riesgo de matar para siempre su confianza en la veracidad de los padres? Es hartamente peligroso que comprendan que quieren burlarse de su indiscreción y acudan a compañeros menos avisados para informarse, con grave riesgo de perder la inocencia y las buenas costumbres. Los niños, aun muy jóvenes, sobre todo en una organización social como la nuestra, saben mucho más de lo que se figuran sus padres. La calle, los criados, los compañeros, les han quitado la inocencia con grave daño de sus almas. ¿Cómo sustraer los niños a un tal ambiente? Habría que tenerlos encerrados toda su vida, sin permitirles ni asomarse a la ventana... El día menos pensado un amigo, un pariente, un criado les enseñará no sólo el secreto de la vida, sino la fuente de su desgracia, y entonces, gracias a ese silencio adulterado, sufrirá daños gravísimos. “¡Si os dijera -escribe el Dr. Good- que en una estadística de más de 4.000 casos de vicios secretos que he podido recoger, gracias a observaciones hechas desde el punto de vista médico, he hallado que 45% empiezan a tener este vicio entre los 11 y los 18 años; 24% entre 7 y 9 años; 12% ante de los 7 años!”

Compayré asegura que el momento propicio para la primera introducción del niño o del adolescente en la vida sexual es aquél en que la perspicacia de los padres descubre una inquietud que necesita aclaraciones. Y Renault afirma que la iniciación ha de empezar en el momento en que el hijo hace a sus padres la primera pregunta sobre el origen de los niños.

Estos datos han de ser suministrados, cuando las preguntas de los niños los soliciten. En una sociedad normal, profundamente cristiana y tratándose

de un niño normal, no serán necesarias hasta muy tarde aclaraciones sobre los misterios de la vida sexual en particular. Nuestra sociedad, por desgracia, dista mucho de ser normal... Hay, pues, que hablar con mayor detención.

CAPÍTULO IV

¿Quiénes han de Hablar? ¿Cómo se Ha de Hablar?

Los padres. Ellos y sólo ellos tienen el derecho y el deber de hacerlo. Ellos no han de contentarse con darles la vida corporal, sino que, junto con el representante de la Iglesia, están también encargados de modelar sus almas. Claro está que si la realización de este deber es para ellos una carga muy pesada, pueden descargarse en otros que la cumplan en su lugar. Ojalá que meditasen mucho antes de traspasar a otros este deber, pues nadie podrá hacerlo con toda delicadeza como ellos que están llamados a vibrar al unísono con el alma de aquellos que son carne de su carne y sangre de su sangre. El médico, el educador, y sobre todo el sacerdote, podrán ser los consejeros en los cuales los padres descarguen esta responsabilidad. El sacerdote educador, el padre espiritual o confesor en un colegio parecen los más indicados para reemplazar a los padres. Tratándose de las niñas, es más aún de desear que las madres no se desentiendan de sus deberes, pues para los extraños es mucho más difícil llenar este cometido.

Ante todo conviene no hacerlo en público, sobre todo si se trata de una verdadera iniciación. “La enseñanza de esta materia debe ser, en cuanto sea posible, individual”, aprobó el Congreso Chileno Nacional de Enseñanza Secundaria el año 1913. El peligro de hacerlo en público reside en que los niños continuarán conversando sobre lo hablado entre sí y los más avisados añadirán detalles a las explicaciones del profesor y fácilmente salpicarán de chistes esta materia de suyo tan delicada. Y sobre todo porque el momento de hacer la iniciación no es el mismo para todos, sino diferentes para cada niño. Una iniciación colectiva será nociva para el que no está preparado e inútil para el que ya ha sido iniciado.

Esta iniciación no debe tampoco hacerse por escrito, dejando a los niños libros sobre estas materias, tanto más cuanto que la iniciación ha de comenzar temprano, dados los peligros que de hecho rodean a nuestros niños actualmente. No deben tampoco emplearse comparaciones con la generación de los animales, pues excitarán en los niños una curiosidad malsana, y los pondrán atentos a la vida animal para informarse de los misterios de la vida humana. Por otra parte la generación humana es una participación de la facultad creadora de

Dios, el poder de preparar la materia a la cual Dios infundirá un alma inmortal, llamada a la visión eterna de Dios... ¡Qué operación tan noble se realiza en el matrimonio! Este aspecto espiritual de la unión de los sexos en el matrimonio no es comprendido si se toma por término de comparación la vida animal.

La iniciación no debe tampoco hacerse por acumulación de pormenores fisiológicos, sino indicando únicamente los suficientes para satisfacer la curiosidad, pero no para encender la imaginación.

El que hace la iniciación pida al niño que no hable de estas materias con sus compañeros, ofreciéndose él a satisfacer lealmente todas sus dudas. Al hablar no dé a la iniciación la importancia de un negocio de estado, sino que hable llanamente, sin ruborizarse, interrumpiendo su conversación con algún incidente para que no parezca un asunto trascendental. Hay que hacer que el niño considere el origen de la vida como un hecho ordinario que entra como los otros en el plan de la Providencia divina, de tal manera que sabiendo lo necesario para no estar inquieto ante un enigma, viva sin preocuparse de él. Una madre contaba que su hijo le había preguntado, el origen de los niños sin que su imaginación se perturbase en lo más mínimo al escuchar la verdadera respuesta; tanto que el pequeño se vio obligado a repetir cuatro veces su pregunta, pues había olvidado la respuesta. Un padre de talento aprovechó la ocasión de una pregunta del niño con quien iba de paseo para hacer la iniciación, salpicándola con indicaciones a propósito de los soldados que se paseaban ante ellos.

¡Qué bella ocasión se ofrece a los padres para idealizar el amor maternal al hacer la iniciación! Tal revelación puede ser la fuente de un nuevo amor del hijo para con los que le han engendrado, al darse cuenta que son carne de su carne y sangre de su sangre. Pero para eso -repetimos- no es necesario un lujo de pormenores fisiológicos, sino que más bien conviene dejarlos imprecisos, y el tiempo y las nuevas preguntas y la experiencia los irán precisando. Lo más grave es dejar al niño desorientado ante un abismo sobre el cual no sabe nada.

La edad en que todo esto se realice dependerá de cada niño en particular, y es el padre quien ha de apreciarla, teniendo en vista el no ser precedido por un iniciador perverso. A las primeras preguntas sobre el origen de los niños se puede responder que es Dios quien los da. A una nueva pregunta sobre el mismo tema se puede añadir el rol de la madre; indicando lo que es necesario para calmar la curiosidad. A los 9, 10, 12, 14 años... según el

caso, habrá que dar nuevos detalles, los necesarios. Al terminar el bachillerato, o al comenzar la carrera universitaria, conviene que no ignore nada sobre el particular, como tampoco los peligros de las enfermedades y las asechanzas que le solicitarán.

Esbozo de una Iniciación más Completa

Lo dicho hasta aquí se refiere sobre todo a las respuestas breves que los padres se ven forzados a dar a las interrogaciones de un niño de cortos años; pero, ¿cómo abordar el problema de una iniciación completa, cuando es necesario darla, porque la iniciación progresiva no ha sido dada?

Lo que parece claro en esta materia es que primero hay que presentar el oficio de la madre. Para ello algunos toman pie de las palabras de la salutación angélica “Y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús”. Dios se compadece de la humanidad culpable; y para reconciliarla consigo, decreta que su Hijo se haga hombre, permaneciendo primeramente nueve meses en el seno de la Virgen María. Los hombres son llamados hermanos de Cristo por su vocación sobrenatural; las madres son hermanas de la Santísima Virgen porque, como ella, ponen en el mundo seres humanos. Pero las madres, a diferencia de la Santísima Virgen, compran sus honores mediante prolongados sufrimientos, ¿cómo amarán, pues, las madres a sus hijos, que tan caro les han costado! Y la madre sufre durante los nueve meses que el pequeño habita en su seno, se ve expuesta a males especiales que pueden comprometer su salud, y al dar a luz más de una madre ha perdido su vida. ¿Qué amor podrá, pues, superar al amor de la madre?

¿Entiendes ahora por qué te amo tanto yo, y por qué te sientes tú tan apegado a mí? puede decirle la madre... Muchos meses antes que, a costa de penosos sufrimientos, te diese yo a luz, había sentido que estabas muy vivo en mi seno, y no sólo te comunicaba lo más puro de mi sangre, sino que forjaba para tu almita mil anhelos, para que llegase a ser pura y fuerte; me esforzaba, además, de llenar mi corazón de pensamientos piadosos y buenos, que cual ángeles de la guarda bajasen hasta ti y colmasen de bendiciones la vida joven que iba desplegándose. ¿Y puedes imaginar cuál no sería mi deseo de que

llegase el momento en que me miraras con tus propios ojos?

Y ¿quieres saber cómo se explica el hecho de que a manera de una minúscula semilla hayas podido dormir en mi seno? Fue un rayo de sol quien te dio la vida: el amor de tu padre por mí, ése fue el sol que te llamó a la vida. Ese tierno amor incitó a tu padre a convertirse en una sola carne con tu madre, pues nuestras almas están tan unidas que cada uno encuentra en el otro el mayor goce del corazón.

El oficio del padre puede explicarse más haciendo ver cómo mientras la madre se entrega en cuerpo y alma a la ruda tarea de alimentar y educar a su hijo, es necesario que haya quien se dedique a procurar alimento para la madre y el niño. Por esta razón ha querido Dios que la madre sea ayudada en su ocupación por el trabajo del padre. Pero la intervención del padre en el hogar es más necesaria aún para vigorizar la educación del hijo, para formar su carácter y para orientar su espíritu con una visión amplia del mundo de la inteligencia. Para realizar esta tarea que supone tantos sacrificios Dios ha querido dar al padre una participación activa en la propagación de la especie humana. El niño, en lo físico como en lo moral, ha de tener algo del padre y de la madre: ha de ser un producto de su amor. Y este amor les lleva a unirse, a poner en común los elementos humanos que van a dar la vida al niño, y que solicitarán de Dios la creación del alma espiritual e inmortal. De aquí el respeto con que el niño ha de acostumbrarse a tratar la función destinada por Dios a un fin tan grande, a la producción de un ser destinado a conocer y amar a Dios.

Remedio Contra las Iniciaciones Perversas

La iniciación sexual no debe limitarse a enseñar al niño el misterio de la generación, sino que ha de precaverle contra las iniciaciones perversas, previniendo en líneas generales el peligro y fortaleciendo su voluntad para evitarlo.

Para ello puede hacerse ver al niño cómo Dios, que es el dueño de la vida, tiene derecho a imponer condiciones al ejercicio de una facultad que trae como consecuencia la existencia de un nuevo ser animado de un alma creada

directamente por Dios. Y de hecho ha impuesto como condición que el padre y la madre estén legítimamente unidos en matrimonio y se conformen a la ley de Dios en su uso. Por eso toda acción contraria a esta voluntad divina constituye pecado mortal, puesto que expone las fuentes de este poder latente. Y no sólo habría pecado grave en toda acción impura, sino que los mismos pensamientos perversos, los deseos impuros, las malas conversaciones, cuando incluyen la voluntad consciente que las hace culpables y cuando tienden a obtener el placer prohibido, o exponen próximamente al sujeto a consentir en él, constituyen pecado mortal.

El joven que conoce el sentido íntimo del misterio de la vida, podrá ponerse en guardia contra muchos peligros que amenazan a los ignorantes; éstos no saben el sentido profundo de lo que en lo porvenir les espera: llegar a ser padres por su cuerpo y alma. Si el cuerpo es corrompido y el alma sin energía, los niños que nacerán de tal cuerpo y de tal alma serán corrompidos y viles. Pues la semilla del hombre es, por decirlo así, un extracto de su propia substancia: todo lo que es bueno y malo, todo lo que es fuerte y débil en un hombre, entra de algún modo en el germen en el cual será engendrada una nueva vida. Por eso debe trabajar el joven desde niño no sólo en fortalecer su cuerpo y su alma, sino además, en preparar la vida y el destino de sus propios descendientes; y todo cuanto gane ahora en pureza, en fuerza y en amor, será después la bendición y la herencia más excelente de los que un día le han de llamar padre.

Esto indica también por qué no se ha de hablar más que con recato de las partes del cuerpo destinadas a la generación.

Se las ha de conservar puras y respetar como sagradas, no sólo por ser las cosas más perfectas que la naturaleza ha creado, sino porque una inmensa suma de felicidad humana depende de la manera como sean preservadas de todo daño y profanación. Si tal vez algunos camaradas se burlasen del joven puro en la escuela o en la calle, porque no quiere tener conversaciones malas o frívolas, no se avergüence éste de su pureza, y piense: "Si supieseis lo que yo sé, no hablaríais así".

¿Qué hacer cuando los padres advierten que su hijo ha sufrido ya las acometidas del vicio? Directamente, poco pueden hacer de ordinario. Si creen que conservan entrada franca en el corazón de su hijo, háblenle abiertamente de la gravedad del mal contraído, aléjenle de las ocasiones de pecar, denle

facilidad para acudir a la sagrada comunión, y sobre todo póngale en manos de un director espiritual prudente. Este se empeñará en hablarle claro sobre las consecuencias de la impureza, pero no espere demasiado fruto de una pintura aterradora de las consecuencias físicas del mal, pues el temor no tiene gran fuerza para alejar por mucho tiempo un hábito adquirido, sino que preocúpese más bien de inspirarle una inquebrantable voluntad de corrección, de la cual depende su porvenir temporal y eterno. Insístale en que lo más noble que puede hacer es renunciar generosamente a la tentación de saborear el placer, y que emplee todos los medios espirituales para curarse.

Sería imperdonable injusticia tratar con dureza a los caídos. Una profunda compasión y el empeño bondadoso en ayudarles son mucho más indicados que las reprensiones y los castigos. Se comprende que los padres mueran de disgusto y de pena al hacerse cargo del extravío del hijo, y hasta puede ser saludable para su enmienda que le hagan ver cómo su conducta ha amargado su vida. Los padres ofendidos, que no piensan más que en reprender, amenazar y castigar, manifiestan tener muy poco sentido de lo que reclama la educación. En el camino del cielo se ven muchas más huellas de hijos e hijas pródigos que volvieron a la casa paterna, que de ángeles que caminaron inocentemente en carne humana. Y hasta permite el Señor que alguien se extravié, con la sabia mira de que se le abran los ojos en una edad en que la enmienda es más fácil. Importa extraordinariamente el que se dé al joven la posibilidad completa de rehabilitarse después de la caída, de modo que ésta quede perdonada y olvidada en absoluto, siempre que se vea en él buena voluntad. Sería una crueldad, y además una imprudencia y falta de tacto, aprovechar las menores ocasiones para volver a recordar los deslices pasados.

Educación del Pudor

La iniciación debe ser hecha con todas las preocupaciones que hemos indicado para evitar que pueda aportar más daños que beneficios. La iniciación demasiado cruda, como la indicada en algunos libros destinados aun a las niñas, en que se les habla de todas las perversidades sexuales y se acumulan detalles fisiológicos, y se muestran láminas..., y esto para personas que comienzan

su pubertad, puede ser fatal, porque hiere el sentimiento del pudor. Wolfram D'Eschembach llama al pudor "la fortaleza de todas las buenas costumbres"; Vischer dice que "un pueblo muere cuando muere el pudor", y Marañón atribuye con razón la alteración de la marcha normal de los instintos al espectáculo poco pondonoroso del amor convertido en ley ordinaria que erótiza el sistema nervioso.

Es necesario insistir en estas ideas, pues algunos médicos se extrañan de que no se habla de las funciones sexuales como se habla de las funciones de secreción. El velo de misterio colocado sobre la vida sexual les parece únicamente una consecuencia de la doctrina -que atribuyen falsamente al cristianismo- de la culpabilidad del instinto sexual. La diferencia capital que importa este diferente modo de hablar refiriéndose a las funciones de secreción y de generación, es que el uso de las segundas va acompañado de la percepción del placer físico más intenso que puede sentir el hombre y que admite ser excitado artificialmente por un exceso de atención, mediante presentimientos, recuerdos, ilusiones. La concentración mental que se realiza no sobre la función de reproducción, sino sobre su capacidad de producir un placer es el mayor peligro de la vida sexual.

Es el pudor una natural reserva que inspira alejamiento de todo aquello que puede ofender la decencia; es también un instinto de defensa, una reserva delicada y prudente que defiende los ojos, las manos y la lengua en toda tentación de la curiosidad, o de toda osada expresión del sentimiento; lleva consigo la dignidad de las palabras y el respeto de sí mismo en las actitudes del cuerpo; manifestase en el continente correcto, en la modestia del vestido, en el comportamiento irreprochable.

A los padres sobre todo, incumbe en la educación del pudor una misión de todos los días, velando por los vestidos de sus hijos, por su conducta decente, por las conversaciones que se tienen ante ellos, por los libros y revistas que se ponen a su alcance, por los libros y revistas que se ponen a su alcance. A los educadores incumbe el velar porque las compañías de los niños no sean peligrosas, porque su porte sea distinguido. El motivo que ha de alegarse para justificar estas exigencias no ha de ser el peligro sexual, sino más bien principios de educación, de respeto de sí mismo. Por este motivo no se han de permitir ciertas posturas, actitudes, gestos ambiguos, sonrisas sospechosas motivadas por hechos o lecturas, que puedan dar lugar a dobles sentidos. En todo esto es

asimismo necesario evitar otro escollo: el de convertir el pudor en exageración, el sospechar de toda palabra, de toda actitud, pues es muy cierto que el que ve el mal en todas partes, termina por suponerlo, por crearlo, precisamente a causa de su desconfianza.

La gran dificultad en la educación del pudor consiste en guardar el término medio, puesto que tan mala es la confianza excesiva, la libertad sin medida, como el exceso de cuidado y pudibundería, que anda viendo el mal en todas partes, y hace que el niño viva obsesionado y vea peligros en las acciones más inocentes, y no pueda leer un diario ni andar por la calle sin que le parezca que está pecando en todo lo que hace. Tal conducta es nociva y peligrosa y conduce lógicamente a la conclusión de que la castidad es imposible, puesto que trae tales trastornos de cabeza. "In medio consistit virtus". La prudencia es un gran don. El mayor peligro en estas materias consiste en que si algunas personas poco prudentes contemplan los excelentes resultados de una educación de la castidad obtenida por un sistema de mayor amplitud, de una vida natural sin tantas trabas, tomarán fácilmente lo que hay de laxo en aquel sistema y no todo el ambiente de precauciones morales, religiosas, el sano ejemplo, que han hecho posible el que la castidad haya sido observada.

La Vigilancia

El padre ha de vigilar a sus hijos y éste es un deber fundamental en esta materia: vigilancia continua, pues los malos instintos que dormitan en el fondo del alma del niño pueden despertarse en el momento menos pensado y ocasionar su ruina mortal. Pero esta vigilancia ha de ser tal que el niño no sospeche en lo más mínimo que es observado; ha de ser una vigilancia llena de simpatía y de confianza. Se le vigila no porque se le crea malo, sino para apoyar su inexperiencia con la experiencia más vasta del educador y para defenderle de situaciones cuya trascendencia no puede él ni siquiera sospechar. Pero lo esencial es que esta vigilancia no disminuya nada de la confianza y espontaneidad que el niño debe mantener con sus padres, pues tal confianza es la mejor defensa de su castidad. La vigilancia se ha de ejercer en primer lugar respecto a la persona misma del pequeñuelo. La madre no le ha de permitir tomar ninguna

posición menos decente. Las manos y piernas han de ser tenidas fuera de todo peligro. La actitud ha de ser siempre correcta en presencia de otras personas. El momento de acostarse y el primer sueño será objeto de una vigilancia especial. A la edad de dos o tres años, si el niño bosquejase algún gesto equivoco, la madre debería apartar la mano sin parecer que da importancia a eso, ni manifestar ninguna alarma. Puede añadir, si hay lugar para ello: Ponte bien; no hagas eso. Al Niño Jesús no le gusta que te pongas así. Si el niño se obstinase, pues hay casos de niños viciosos desde muy pequeños, podría aun golpear la mano. De la manera más natural hay que hacer algunas indicaciones, a propósito de todo, que tal mirada, tal gesto no está bien y está prohibido por Dios, hasta que el niño despabilándose cada vez más, llegue a darse cuenta poco a poco del por qué y de la gravedad de ciertas acciones... El punto principal de esta iniciación es que el niño se da cuenta, instintivamente al menos, de que si bien puede satisfacer todas sus necesidades físicas no ha de convertir el cuerpo en instrumento de placer.

La vigilancia se ha de ejercer también respecto al personal de la casa: obreros y sirvientes, y en particular, respecto a la sirvienta que cuida al niño, que puede ser causa que el niño desde pequeño contraiga costumbres que después ocasionarán hábitos perniciosos. Hay también que vigilar a los amigos y parientes que visitan la casa, pues ¿quién podrá contar el número de víctimas que estas personas admitidas a la intimidad del hogar han obrado en los niños inexpertos?

Hay que vigilar igualmente lo que en Chile llaman comúnmente los primeros “pololeos” de los niños. Que no se acostumbren desde temprano a tomar como pasatiempo las relaciones con el otro sexo. Por desgracia se ve a veces que están terminando las preparatorias o comenzando las humanidades, y ya tienen correspondencia furtiva, que las ven en casa del hermano, del primo. El menor mal que tales amistades traen consigo es el de falsear el concepto de la vida, el acostumbrar al niño a una gran ligereza, a que no tome en serio las relaciones tan fundamentales y graves del joven con la joven.

Esto no quiere decir que toda relación en esta materia sea mala, ni que hayamos de exagerar ni amenazar con las penas del infierno al que incurre en estas ligerezas propias de niños, pero si conviene inculcarles desde pequeños el verdadero concepto del amor, que es una donación, un sacrificio, algo muy serio, algo que no se puede tomar como un spot o la moda. Todo tiene sus

límites, pero, ciertamente, por lo menos en la edad en que la vida social no está aún admitida oficialmente, para los niños, estas distracciones han de ser consideradas peligrosas, no inmediatamente por la castidad, pero sí porque colocan al niño en este plan de ligereza y liviandad que es tan pernicioso para la formación del carácter. Igual cosa se diga de ciertas libertades que los jóvenes algo mayores se permiten con respecto a personas que consideran ellos de inferior nivel social, la asistencia a filarmónicas, dancings, etc. Todo esto denota una falta de respeto del individuo para consigo mismo al tomarse con otras personas ciertas libertades, que si otro joven se las permitiese con sus hermanas, le ofenderían gravemente.

Lo mismo se diga de toda esa conducta general que demuestra que la vida no ha sido tomada en serio: ese afán de coleccionar retratos de artistas y caras bonitas, esa vanidad excesiva en el vestido, el ambiente de conversaciones ligeras, las palabras gruesas, los chistes arraigados, cosas en sí indiferentes, o al menos no gravemente malas, que algunos no se atreven a cortar puesto que no contradicen gravemente la moral, pero que tienen el grave peligro de que el individuo se pierda el respeto, baje de aquella atalaya de idealismo, únicamente en la cual la castidad es posible.

Los padres deben vigilar igualmente las vacaciones, las diversiones, los juegos de los niños y el sitio donde se realizan; que no sea en lugares apartados, sobre todo si los compañeros no son de absoluta confianza. Entre las diversiones, una que hay que cuidar de una manera particular es el cinematógrafo pues los empresarios del biógrafo están más cuidados de ganar dinero que de moralizar. Con mucha frecuencia se ve el hecho tristísimo de que se especula con la moralidad de las películas para tentar a los menores... a veces poniendo precisamente el calificativo de “no aptas para menores”, con el objeto de atraerlos. Y no sólo por lo que dicen, sino que también por lo que dejan entrever, las películas exigen una especial atención de la familia y educadores, pues hay mil escenas que en sí no son inmorales, pero que ponen puntos de interrogación en el alma del niño. Esto no quiere decir que lo hayamos de abstraer de toda representación, sino únicamente que las seleccionemos bien y que estemos atentos para prever y solucionar sus dificultades.

La lectura de revistas, diarios, y sobre todo novelas, es otro punto que exige una seria consideración. Las novelas, aun las buenas, exigen atención de parte de los educadores. No que vaya a condenarse toda lectura de novelas, aun

de las mejores, como lo pretenden algunos. No, no podemos formar al niño en un ambiente que no sea el de la vida, pero sí hemos de cuidar que los libros que caigan entre sus manos sean buenos. Un buen libro es el mejor auxiliar de la educación del adolescente y aun del niño; novelas ejemplares, vidas de santos y de grandes héroes, biografías donde se pone de relieve el esfuerzo, el carácter; revistas de interés geográfico, descubrimientos, son excelentes medios de formación para el adolescente; pero en cambio la lectura de folletines, de libros de treinta centavos, expuestos en kioscos, las revistas e ilustraciones que no son muy conocidas, pueden ser un veneno moral. Hay una época en que muchos niños pasan por una verdadera crisis, un deseo ardiente de leer libros como los de Dumas, Víctor Hugo; pésimas traducciones desde el punto de vista literario; libros de aventuras aptas para entretener cerebros de poca cultura, aficionados a las aventuras de grueso calibre... Tienen estas obras, aun sobre niños excelentes, una cierta atracción, y hay que velar para que no sucumban a ella.

Por desgracia, muchos padres de familia no pueden guiar ellos mismos las lecturas de sus hijos, por no conocer personalmente las obras que devoran los de una generación posterior a la de ellos, pero es necesario que hagan un esfuerzo por entrar en contacto con la bibliografía recomendable para sus hijos, y si no tienen tiempo, que al menos confíen este punto a un educador experimentado que ha de conocer mejor el valor moral de los libros y su adaptabilidad para el estado intelectual del educando. En tal caso, que no toleren los padres de familia que su hijo lea libros que no hayan sido aprobados por su director o profesor.

No está demás recomendar aquí a los padres el que procuren informarse discretamente del uso que hacen sus hijos del dinero que les dan y que tengan cuidado que no se lo tomen secretamente, pues tales cantidades, pequeñas cada una de ellas, por lo que pasan desapercibidas, pueden ser causa de que el niño se proporcione libros, espectáculos... peligrosos.

Todos estos medios de vigilancia son necesarios, absolutamente necesarios, pero han de ser empleados con toda discreción, llaneza y confianza en el niño; de lo contrario serían más bien perjudiciales. El niño que se da cuenta que ha perdido la estima y confianza de sus padres, ha perdido también el freno más poderoso para el bien. Pero todos estos medios de vigilancia serán poco menos que estériles, si no van acompañados de una formación honda, profunda,

arraigada, de hábitos personales para el bien. La vigilancia exterior por sí sola, si está hecha con acierto, a lo más logrará retrasar el mal; para que dé sus resultados ha de ir vivificada por un espíritu ascético, por una estima de la virtud, por una aspiración al heroísmo y a la práctica del bien integral. No se le vigile sino para evitarle los peligros que el niño con su menor experiencia de la vida, podría tal vez equivocadamente no estimar en toda su gravedad, pero que él desearía evitar si los conociera. Las reprensiones puramente externas son inútiles: llegado el niño a la época en que la libertad ha de aumentar con sus años, abusará de esta libertad, ya que nunca conoció su precio y su estima.

Importancia Pedagógica del Trabajo Físico y del Deporte

Pestalozzi piensa con razón que todo dominio de sí mismo, el pudor y la circunspección -consisten en que no pensemos ni digamos algo, sino en la presencia viviente de nuestra conciencia; pero esta omnipresencia de nuestras convicciones superiores debe ser continuamente ejercitada. Y él piensa que la mejor manera de ejercitarla sería mediante el trabajo manual, y, en particular, el trabajo doméstico, que permiten habituar el espíritu a estar atento hasta con las extremidades de nuestros dedos a todo lo que hacemos, controlar y animar cuanto nos rodea y a no dejar pasar nada desapercibido. Pensamiento de gran penetración psicológica y que explica, en parte al menos, por qué tanta depravación va unida a la cultura exclusivamente intelectual de la juventud masculina.

El pedagogo sueco Palmgren, gran vulgarizador de la enseñanza manual, afirma abiertamente que la educación moral superior de las mujeres viene de que su espíritu se ha habituado mucho más, mediante el trabajo doméstico, a vigilar su actividad concreta, mientras que el hombre vive más en lo abstracto.

El deporte puede ser un factor utilísimo para la educación de la pureza, pero puede también convertirse en una verdadera ocasión de inmoralidad. El gran daño consiste en que el deporte exagerado se convierte en un culto del cuerpo y de la forma. El cuerpo entonces se coloca en primer plano y el espíritu queda relegado al segundo. No faltan países donde el deporte

va acompañado de exhibiciones que son peligrosas para la moralidad de la juventud, por ejemplo, el gran desarrollo que tomó en Alemania el movimiento nudista. Igual peligro acarrea la participación de los jóvenes católicos en asociaciones que no lo son. Ese intercambio de ideas, cuando no se está preparado para juzgar de su valor, no puede menos que ser peligroso.

La influencia saludable del deporte nace de una serie de consideraciones diferentes. En primer lugar, de la necesidad de distraer al joven del terreno sexual. Además el deporte permite hacer ver en todos los ejercicios el triunfo del espíritu sobre el cuerpo. Por otra parte, siendo el empeño principal del joven el dedicarse al deporte formarse un cuerpo sano y robusto, es fácil ganarle por este medio para la pureza, ya que el vicio contrario debilita las fuerzas y roba al cuerpo su lozanía. La dureza de la vida hace que el cuerpo se entreno en el vencimiento propio. El espíritu de grupo que fomenta el juego enseña prácticamente a posponer los intereses de grupo, el bienestar individual al bienestar social y ofrece innumerables ocasiones de practicar la servicialidad, la abnegación, por medio de esa educación social vivida a la que el deporte ofrece tantas ocasiones.

La necesidad de la cultura física se ha hecho sentir especialmente en nuestro siglo, cuando el hombre ha cesado de ser un animal razonable para convertirse por la standardización moderna en una especie de máquina inerte e inconsciente que realiza casi automáticamente un trabajo siempre el mismo, que arruina el espíritu, destruye el interés y debilita las facultades. Este suplemento de actividad física es más o menos necesario según la profesión que se ejercita. El campesino que pasa su vida al aire libre, el soldado sometido al entrenamiento militar, no habrían pensado jamás en inventar el deporte, pero ha sido una necesidad para los que han tenido que instalarse en los grandes ciudades, respirar un aire malsano, llevar una vida sedentaria. A estos males se ha venido a añadir el disgusto que siente el joven moderno por la vida intelectual tan poco interesante en la cual ha de estar sumido, y que consiste únicamente en la absorción de una ciencia indigesta y recargada que lejos de incitar su apetito intelectual le produce disgusto de la vida superior. De aquí que el joven se defiende de envejecer muy pronto y se vuelva al deporte en busca de algo que le permita vivir su vida de joven.

El Papa Pío XI fue un gran amigo del deporte, que él practicó con entusiasmo, y no se privó de escribir "Mis ascensiones".. Antes de ser

creado Papa, siendo Arzobispo de Milán, decía a la juventud de su diócesis: "Sed cristianos, pero sed viriles. Practicad el Evangelio y practicad los deportes. No descuidéis ni vuestra alma, ni vuestro cuerpo". Elegido Papa, no pudo menos de advertir, sin embargo, a los cristianos el peligro del deporte exagerado: "No podemos condenar -dice él- lo que hay de bueno en el espíritu de disciplina y de legítima osadía inspirada por estos métodos, pero si todo exceso, como por ejemplo el espíritu de violencia, que no se debe confundir con el espíritu de fuerza ni con el noble sentimiento del valor militar en la defensa de la patria y del orden público, como también la exaltación del atletismo que hasta en la edad clásica pagana ha señalado la degeneración y decadencia de la verdadera educación física".

Campeonatos, concursos, destinados a promover la educación física no tienen otro resultado que paralizarla y quizás aniquilarla. El campeonato ha llegado a convertirse en una de las plagas más graves del deporte. Los estadios se transforman en circos de luchas, y el interés pecuniario, la "auri sacre fames", sed maldita de oro, es la razón última de muchas actividades deportivas no menos que de la publicidad que se les atribuye.

En el complicadísimo proceso vital puede decirse que cada individuo dispone de una suma determinada de energías para hacer frente a todas sus exigencias funcionales. El verdadero concepto fisiológico del perfeccionamiento físico se encierra entonces en esta idea: la armonía completa y el funcionamiento pleno. Hay por tanto que evitar las exaltaciones aisladas y predominantes de unas funciones sobre las otras. Las aptitudes individuales que han de ser desarrolladas por la educación física están situadas en el orden higiénico, estético, económico y psíquico. En una palabra la educación física ha de tratar de obtener para el sujeto la mayor salud, la mayor belleza, la mayor fuerza, la mayor destreza y la mejor base para sus correlaciones psíquicas.

CAPÍTULO V

Educación Religiosa

El gran pedagogo suizo, protestante, Foerster, afirma con razón que todos los medios de orden puramente humanos que hemos indicado anteriormente no adquieren toda su influencia durable si no son inspirados y completados por una concepción religiosa fundamental. Faltaría un sentido a nuestros esfuerzos, la cultura más perfecta de la voluntad degeneraría en un simple sport de fuerza, si no se encuadrara en la concepción espiritual de la vida, en particular en esta concepción: que el mundo sensible y la vida terrestre no son toda la realidad, sino un preludio y una preparación destinadas a la obtención de un mundo espiritual superior.

Esta mirada a un más allá tiene además esta importancia pedagógica profunda: la limitación de todo nuestro ser a este tiempo tan corto de la vida terrestre aumenta de manera extraordinaria el poder de todas las seducciones pasajeras sobre nuestra alma. Todas las exigencias superiores aparecen como ideas quiméricas de un mundo fantástico sin fuerzas y sin realidad. Las ilusiones de los sentidos hablan el lenguaje de aquí abajo y saben combinar mejor los medios terrestres que toda la simple filosofía de la tierra. Esto es lo que movió a San Pablo a decir con un profundo conocimiento del alma y de la vida: “Sí los muertos no resucitan, comamos y bebamos entonces... y seamos felices, puesto que mañana moriremos”.

Los pensadores, los filósofos, pueden predicar como Espinosa discutir la afirmación del Apóstol, pero al discutirla hablarán como filósofos, no como hombres, como conocedores de las almas. Evidentemente que hay toda una serie de argumentos puramente humanos muy razonables contra la sed de gozo, el egoísmo y la pasión, pero de hecho se revelan impotentes contra la violencia de los ataques de la vida, al menos tratándose de naturalezas violentas y apasionadas. Estas no pueden arruinar los impulsos de la vida terrestre, sino mirando los valores de una vida superior y eterna.

Platón ha sido el primero que ha procurado evidenciar el valor pedagógico de la religión en la vida sexual. El ha despertado el alma humana de una manera conmovedora, y ha encauzado la sed de abnegación del hombre desviándola de las imágenes engañosas de ilusiones eróticas y orientándola

hacia el mundo de la perfección verdadera que se revela en lo más oscuro del alma por esa nostalgia inexplicable que no se concentra en el mundo de las criaturas sino cuando el alma no tiene valor para mirarse de frente: idea magistralmente expresada siglos después por el gran admirador de Platón, San Agustín: *Inquietum est cor nostrum, Domine, donec requiescat in te*. “Nuestro corazón está inquieto, Señor, hasta que descansa en ti”.

A esta importancia pedagógica de la religión que hemos procurado señalar, se une su irremplazable poder de preservación... El que conoce la psicología del peligro sexual sabe que en esta materia la única preservación eficaz consiste en impedir que la tentación gane el mundo de las representaciones. Pero sólo la religión penetra bastante profundamente y de manera bastante variada toda el alma humana para conseguir mantener pura, elevar y llevar la imaginación de manera que la tentación no se adueñe de ningún poder psicológico. Donde la religión ha obrado de una manera verdaderamente educativa, ella preserva el ser humano de manera que algunas cosas ni siquiera le vienen a la imaginación. El alma santificada por la presencia de Dios adquiere un hábito inconsciente de defensa semejante al que tienen los párpados respecto al polvo de la calle. Carlyle dice profundamente a este respecto refiriéndose al momento en que él abandonó el naturalismo y halló nuevamente su fe profunda en Dios: “Desde ese instante llegué a ser hombre”.

Los moralistas que no saben hacer entrar en el horizonte del discípulo sino las exigencias de la moral, el “muere”, pero no el “llega a ser”, no conocen el alma humana, y no saben la alta inspiración que es necesaria para adquirir la fuerza durable y la alegría del combate contra nuestra propia naturaleza. Y mientras son de una fuerza superior las razones que se unen a la pasión, es más necesario que las razones para reprimirlas no se expresen únicamente en la forma de mandamientos secos, sino que se presenten a nosotros con toda la autoridad viviente y toda la realidad del ideal hecho hombre para recordar al alma pérdida la nobleza de su primera fuente y origen. Nietzsche, a pesar de su odio al cristianismo, ha adivinado que lo infrahumano no puede ser vencido sino por lo sobrehumano, lo demoníaco por lo divino. De allí su protesta contra la pura y simple moral que encadena la vida inferior sin mostrar la vida superior en su realidad irradiante. No se puede vencer la vida total de abajo, sino por la vida total de arriba. En este sentido la religión es el poder pedagógico más irremplazable que ha existido. El primer sentimiento que la religión viene a

enseñar al hombre es el de la presencia de Dios, que está en todas partes, que todo lo ve, todo lo oye, todo lo sabe, que habita en el fondo del alma, que hace del hombre un templo, un sagrario donde mora mientras no es expulsado por un pecado, por una falta grave plenamente consentida. Basándose en esta verdad, el educador ha de inculcar el temor de Dios por una parte y sobre todo el amor a ese Dios que nos ha dado la vida, que por amor al hombre, habita en el alma, que hace latir su corazón, que da la vista a sus ojos, la inteligencia a su mente, que da al hombre todo lo que es... ¡cómo ha de pagar tanto amor, con la ingratitud del pecado, que es en el fondo, el preferir un gusto de un instante a la amistad de su Dios!...

La idea de la Redención es inmensamente fecunda. ¡Dios, por amor al hombre, descendió del cielo a la tierra, padeció, murió, por restituir la gracia a su alma y abrirle las puertas del cielo! El pedagogo cristiano ha de inspirar al niño el deseo de identificar su vida con la de Cristo, el propósito firme de aspirar siempre a decir con verdad: "Cristo vive en mí y yo vivo en Cristo"; le inspira también las ideas fundamentales del dogma del Cuerpo Místico de Cristo, cómo todos los cristianos somos solidarios, cómo nuestras buenas acciones aprovechan a todos los hombres y merecen gracias especiales de Dios, y cómo por el contrario el pecado es no sólo un mal individual, sino también un mal social. Le hace aspirar al deseo de imitar las grandes acciones de los santos, de Cristo en particular; procura que conciba el deseo de vencerse, de mortificarse, no por mortificarse, sino para hacerse un instrumento más digno, de hacer el bien en su vida. Los sacrificios que supone la pureza encontrarán entonces un motivo, un estímulo, su razón de ser. Esta lucha por hacer el bien en esferas superiores, distraerá enormemente la atención del terreno de la castidad y asegurará el triunfo cuando la batalla se presente.

La práctica de la caridad, sobre todo cuando se trata de adolescente, es un gran medio. Como decía Ozanam al visitar a los pobres de las barriadas más miserables de París para llevarles un socorro: "Hay que poner la castidad bajo el amparo de la caridad". La comunión frecuente -ojalá diaria- es otro medio de influencia imponderable. La gracia que se aumenta cada día en el alma que recibe a Dios, fortifica al joven para la lucha, y aun bajo el punto de vista puramente psicológico ofrece un medio de valor incalculable. La comunión diaria supone en el niño que su conciencia está ausente de toda falta grave en esta materia, y si la ha habido ha necesitado ir antes a arrepentirse pro-

fundamente de su caída, meditar su gravedad, proponer la enmienda, confesar abiertamente su falta, recibir un consejo, una exhortación al bien. Esto le permite además no hacer el nombre de su estado, y no dejar amontonarse caída tras caída, sino que a la primera falta se levanta y hace el propósito de corregirse. Además, la comunión diaria exige necesariamente a la larga una ascética fuerte: la levantada temprano, de ordinario a hora fija, y esto no sólo en los días que ha de acudir al colegio, sino también en vacaciones, y le impide por tanto levantarse tarde, fuente de tantos peligros y caídas. ¡oh, si los padres de familia apreciasen en su justo valor estos medios de la pedagogía cristiana! Deberían ellos fomentar ardientemente en sus hijos estos medios de vida sobrenatural, sobre todo la comunión diaria, respetando eso sí, la libertad de sus hijos, pues nada más fatal que el forzar la práctica de la piedad, lo que conduciría a la falsedad, a la hipocresía. Toda práctica de piedad que no sea basada en la más absoluta lealtad, es reprochable. Lo es igualmente la formación religiosa que no sea basada en la más absoluta verdad; hay que evitar el enseñar el temor de Dios exagerándolo, contando historias de veracidad dudosa. Son por lo menos dudosos muchos cuadros poéticos o trágicos para mover a los niños, esos piadosos engaños que después no soportan la crítica de la vida y hacen que el niño valore después estas inexactitudes con el mismo criterio que los misterios de la santa religión.

El gusto por la oración, que nos une con Dios, levanta y espiritualiza nuestros sentimientos y de este modo nos sustrae al vivir rastrero y a la violencia de nuestros instintos. La mirada a la Virgen sin mancha, ideal de toda pureza, el objeto más bello, más puro, más a propósito para llenar los ideales del joven, son otros tantos medios para la pedagogía sobrenatural. Y no lo es menos la dirección espiritual, esto es el auxilio de un director experimentado que gane la confianza del joven, a quien exponga éste todos sus problemas, sus dificultades, sus tentaciones, sus amistades, sus faltas, para recibir una dirección, una norma de conducta garantizada por la experiencia más vasta del director. Pedagogos racionalistas como Payot y Mauricio Barrés no dudan en recomendar este método.

Tales son, rápidamente expuestos, algunos de los medios de que echa mano la pedagogía cristiana. Su eficacia es incalculable. A ellos atribuyen pedagogos como Mendousse el que el número de catástrofes sea mucho menor en los colegios dirigidos por sacerdotes o religiosos que en los establecimientos

laicos, sobre todo si unen a estos medios sobrenaturales todos los medios de la pedagogía científica moderna, como lo hacen por ejemplo los religiosos en Inglaterra y Estados Unidos, obteniendo ese tipo de hombres sanos de cuerpo y alma que son la gloria más legítima de los colegios norteamericanos e ingleses. Una observación que conviene tener en cuenta es la de que estos medios no pueden tomarse como quien toma una pastilla de aspirina a cualquiera hora del día o de la noche y en cualquier sitio, para que produzca su efecto. No; ellos suponen todo un ambiente y para que su resultado sea plenamente satisfactorio es necesario que estén integrados en una vida plenamente cristiana dentro de la cual todos ellos encuentran su sitio apropiado sin brusquedades, sin exageraciones, sin nada artificial, y se conviertan por decirlo así en algo como la atmósfera que respira el niño.

El Ambiente Familiar

La experiencia cotidiana demuestra con palmaria evidencia que la castidad de los hijos es ordinariamente el premio concedido a la vida de abnegación de los padres; no en el sentido que el joven que se ha formado en un hogar menos cristiano esté fatalmente determinado a la impureza, pero sí en el sentido que de ordinario sólo guardan la pureza integral aquellos que respiran en sus hogares una vida profundamente moral. La castidad sólo florece en un ambiente de abnegación, de idealismo, donde todo respire esa vida sobrenatural, ese mundo del más allá por el cual se sacrifican los bienes de acá abajo... Basta muchas veces ver cómo visten los padres, oír sus conversaciones, conocer su vida social, contemplar los cuadros y las estatuas que adornan su casa para barruntar cuál sería el nivel moral de los hijos, cuál será su conducta en materia de pureza.

Hay un criterio excesivamente liberal de ciertos padres que es funesto en esta materia. Piensan algunos que las faltas de pureza no tienen gran importancia, que son debilidades propias de jóvenes, inexperiencias que sólo se curan con la edad... Más aún no faltan algunos que llegan a creer que esta vida de aventuras forma parte de la educación moral de sus hijos, que es necesario que pasen por ellas para ¡qué conozcan la vida!, ¡para que no lleguen sin experiencia al matrimonio! Pero ¡cuán caro pagan en carne propia este error!

Estos padres habrán después de lamentarse y de avergonzarse de las acciones de sus hijos de las que son ellos culpables en gran parte. Esta conducta es semejante a la de aquellos que arman a un inexperto con un arma peligrosa que descargará sin consideración sobre el primero que encuentre a su alcance, aunque sea un inocente, y quizás sobre los que le han dado el arma... Es como poner un carro en un declive que irá rápidamente arrastrando cuanto encuentre a su paso y haciendo víctimas para terminar hecho pedazos.

El gran culpable en esta materia es la falta de vida interior profunda, el poco o ningún criterio sobrenatural, la piedad superficial reducida a un grupo de prácticas externas desligadas de la vida íntima. Un cristianismo que no consiste más que en la misa de los Domingos, la comunión una vez al año, alguna novena y unos centavos de limosna..., es un cristianismo que no basta para formar jóvenes puros. Esas prácticas religiosas no forman parte de la propia vida íntima: son formalidades puramente externas, como el asistir por compromiso a un matrimonio, o el ir a dejar tarjeta a un entierro, o las visitas de diplomáticos... Son actuaciones religiosas que se practican, porque se han heredado, porque así lo piden las conveniencias sociales... porque sería mal visto que el matrimonio no fuese religioso, o que al morir no se le hiciesen honras fúnebres al difunto... Ese cristianismo de fachada no impedirá la más mínima caída sexual. Ese no es el cristianismo. El cristianismo es una donación total a Cristo, es un aspirar a realizar el ideal de San Pablo: "Vivo yo, ya no yo: vive Cristo en mí"; es un mirar las cosas de este mundo y del otro con los ojos de Cristo, ser otro Cristo para tener la dicha de irradiar a Cristo.

Estos principios si no son vividos intensa y diariamente no pueden servir a los otros de defensa. Y nada más difícil que una falsificación en esta materia; un gesto, una mirada, una palabra en un momento de desahogo revela el fondo del alma de cada uno. Si no se piensa y no se ama como cristiano no se obra como cristiano.

Conclusiones

El primer elemento de la educación de la castidad será, pues, ofrecer al niño y al adolescente un ambiente de vida profundamente cristiana en el sentido integral de la palabra.

Luego es necesario que los padres y educadores se dediquen con toda el alma a fortalecer la voluntad del niño, a entrenarla como se entrena un soldado, pero no por imposiciones externas cuya razón de ser no ve el niño, sino acostumbrándole a obrar él mismo por motivos de generosidad, por un ideal superior, noble, caballeresco, sobrenatural, plenamente comprendido y amado. Y este ideal ha de ser actuado cada día mediante ejercicios continuados, humildes, prosaicos, aun cuando el ánimo se rebele.

La vigilancia continua de los padres ha de extenderse a todo el medio en que se desarrolla la vida de su hijo, y a la vida toda del niño. Ella ha de referirse por tanto a la persona del pequeño, sus palabras, sus gestos, no menos que a las personas que le rodean. Una vez mayorcito a sus lecturas, compañeros, sirvientes, distracciones. Apenas se presente una dificultad, el padre debe estar alerta para solucionarla y para prevenir las iniciaciones perversas, por una instrucción llena de delicadeza e idealismo, que fortalezca la voluntad.

Esta iniciación debe darse partiendo del estado actual del niño: el guía debe ser el mismo niño. Sus dudas, sus temores, el estado presente de su evolución nos han de indicar cuándo y cómo hemos de hablar. Por tanto, no angustiarse, por el momento, de hacerlo, sino esperar el momento que el mismo niño se encargue de señalar. La iniciación es difícil si los padres quieren darla a priori; es fácil si se contentan de hacerla llanamente cuando el niño mismo la pida. A medida que el niño lo vaya exigiendo, las respuestas irán siendo cada vez más completas y profundas.

Esta solución sólo es posible, cuando entre padres e hijos se ha establecido una gran confianza y comunicación: cuando el niño conversa con sus padres de todos sus problemas, poco interesantes en sí, pero muy interesantes para un padre que se da todo a su hijo. Esto supone que los padres hacen vida de hogar y que no creen cumplir su deber para con sus hijos vistiéndoles y pagándoles la educación, mientras ellos reservan su tiempo para diversiones. La paternidad y la maternidad no termina con la generación y con el dar a

luz, sino que son una larga gestación que dura cuanto dura la vida del hijo. Los hijos carnalmente se engendran en el placer, pero espiritualmente, sólo en el dolor y en el sacrificio, en el sacrificio de cada día. Para gozar de la confianza del niño hay que vivir la vida del niño, junto a la cunita, junto a los juegos, junto a sus camaradas... Y quien no quiera resignarse a estos sacrificios, que se resigne de antemano a encontrar siempre cerrada la entrada en el alma del niño.

La idea de la confianza encierra otro aspecto y es el de mantener siempre viva la estima del niño, su honor, la fe en su palabra, el tratarle como a hombre. Cuanto antes un niño sea tratado como hombre, tanto antes llegará a serlo.

La educación física ofrece también una ayuda poderosa para la castidad. Vida sana, vida al aire libre, desarrollo del cuerpo no menos que del alma, todo esto fortalecerá su organismo y le dará el equilibrio de que tanto necesita.

La educación del sentimiento social, el espíritu de sacrificio, el obrar en función de los demás, el respeto por todos los otros seres que no son instrumentos de placer, sino hermanos en la lucha común, no puede ser descuidada. Y por encima de todo esto, la vida intensamente cristiana, el criterio sobrenatural, el temor y el amor de Dios y del prójimo, el contacto con los que reflejan en sus vidas la santidad de Cristo, la recepción frecuente, y ojalá diaria, de la Sagrada Eucaristía, el director espiritual ante quien muestre el joven toda su conciencia descubierta como al amigo más íntimo, el recurso a María, ideal de pureza, y la práctica de la caridad serán los grandes recursos que guardarán intacta la castidad.

La castidad, ¿es posible? Sí, pero sólo al precio de sacrificios. Quien no quiera afrontarlos no tendrá la dicha de ser plenamente un hombre.

ÍNDICE

Capítulo I	La Crisis de la Adolescencia	5
Capítulo II	Filosofía Sexual	14
Capítulo III	Pedagogía Sexual	20
Capítulo IV	¿Quiénes Han de Hablar? ¿Cómo se Ha de Hablar? ..	34
Capítulo V	Educación Religiosa	48
Capítulo VI	Conclusiones	54

